

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en París.

AÑO 16. — N° 254.

## SUMARIO.

Sucesos del Senegal; grabado. — De la novela moderna en general. — La Georgia. Tifis; grabados. — Revista de París. — A Felicia. — Las madres. — La India; grabados. — Eulalia. — Los pozos del Ued-R'r; grabados. — Los mercados centrales de París; grabados. — La Madre, episodio de la batalla de Trafalgar. — Boletín científico. — El lago de Annecy y sus cercanías; grabados.

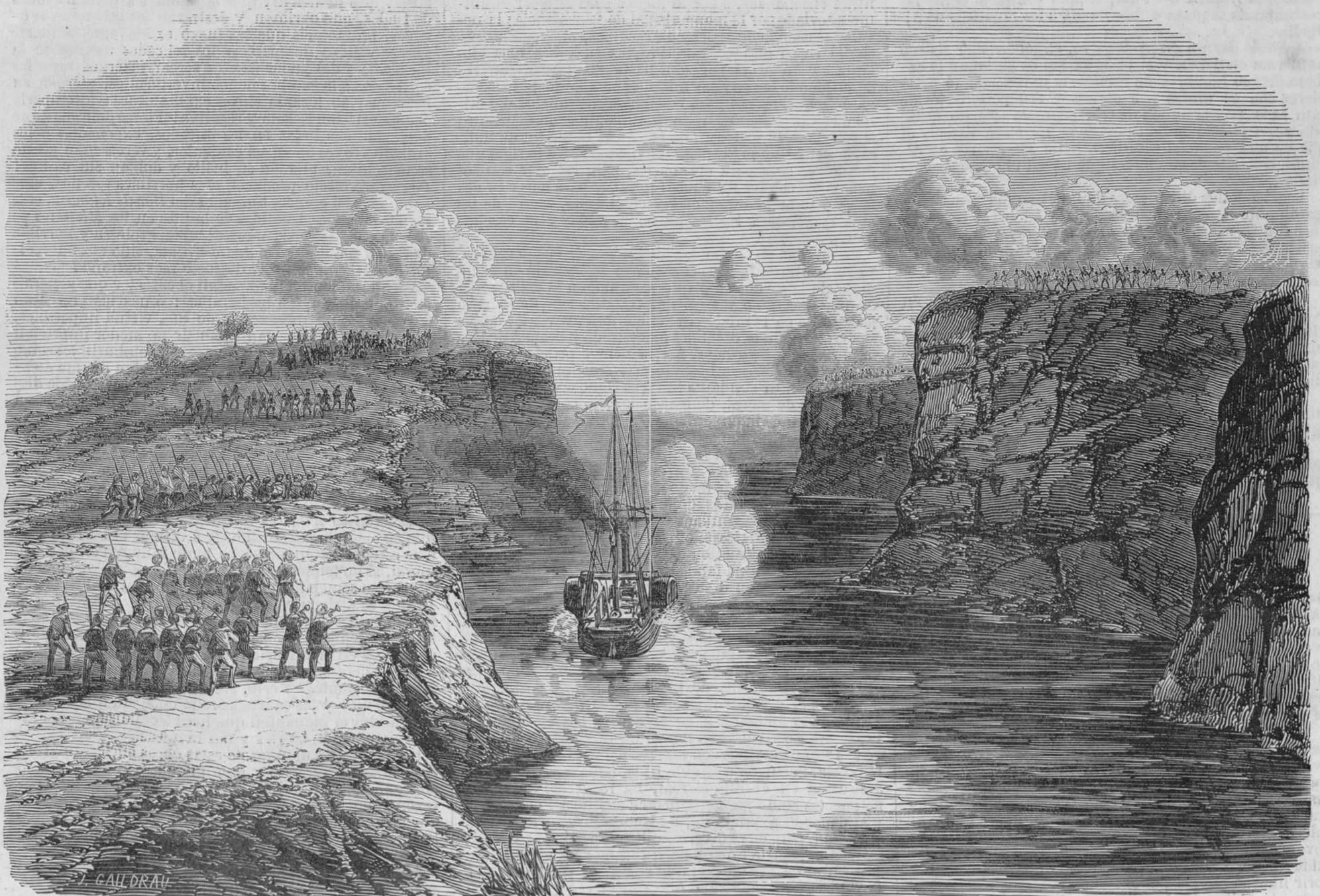
## Sucesos del Senegal.

Los últimos acontecimientos del Senegal han llamado mucho la atención en Francia. Medina se hallaba sitiada por las tropas de Al-Hadji cuando el gobernador M. Faidherbe á la cabeza de 500 hombres fue á libertar la plaza entregada ya á los horrores del hambre. Nuestro dibujo representa una escena que es el preludio de esa empresa atrevida.

El 18 de julio despues de un bloqueo que duraba seis meses, los sitiados se hallaban reducidos á la última miseria, faltos de víveres y de municiones. Las embos-

cadass de los *tuculeurs* llegaban á cerca de 400 metros de la plaza y un asalto decisivo era inminente, cuando á beneficio de una serie de maniobras difíciles que seria demasiado largo consignar aquí, y con la ayuda de los socorros desembarcados por el *Basilic* el gobernador consiguió libertar á las 6,000 personas encerradas en Medina y que creían haber llegado á su última hora. Tomaremos del *Monitor del Senegal*, que acompañaba al envío del dibujo que representaba ese episodio, la relación de un ataque coronado con un triunfo:

«Habiendo reconocido el gobernador que el paso tan difícil de los Kippes estaba defendido por muchos con-



La columna del Senegal y el vapor el *Basilic* forzando el paso de los Kippes, el 18 de julio de 1857, para ir en socorro de Medina.

tingentes emboscados en las rocas á pico que dominan el río por ambas partes, se decidió á forzar ese paso por tierra y por agua al mismo tiempo. Esperar nuevos refuerzos era exponerse á que tomaran Medina.

Los Kippes son unas rocas de unos 100 metros de altura, entre las cuales corre el río con la mayor rapidez. La maniobra no era fácil para un vapor, sobre todo teniendo que sufrir el fuego; así era necesario ocupar al menos una de las orillas, y se eligió la derecha porque en ella las masas enemigas parecían ser menos considerables, hallándose separada por el río del cuartel general de Al-Hadji establecido en Sabou-Siré y del grueso de sus fuerzas que cercaban Medina situada en la orilla izquierda.

A las seis el *Basilic* cañoneó alternativamente los Kippes, y al mismo tiempo el gobernador que había desembarcado, llevó su columna de 500 hombres con un obús al pié de la roca y mandó romper el fuego. En seguida los soldados escalaron las rocas desalojadas ya por el enemigo. Una vez establecido en la cumbre para poder responder á los disparos de la orilla izquierda, y para proteger el paso del *Basilic*, se dió á este la orden de marchar, lo que ejecutó felizmente llegando á fondear á unos 500 metros de los Kippes.

La columna bajó á la orilla del río frente al *Basilic*, y de allí se veía á través de un llano de 3 000 á 4,000 metros el fuerte de Medina; en la llanura circulaban ó estaban emboscados los enemigos. Se dió orden de pasar inmediatamente el río en las embarcaciones del *Basilic*. Los tuculeurs defendieron el terreno, pero los primeros que saltaron á tierra los rechazaron bastante lejos de la orilla para proteger el paso de los otros y de la artillería. En breve todo el mundo estuvo en la orilla izquierda y rechazaron á los enemigos por todas partes acercándose á Medina. El silencio que reinaba en las cercanías de Medina alarmó sobremanera á la columna.

Por fin, el gobernador lanzó sus irregulares hácia el fuerte por entre las chozas del pueblo destruido de Komentara, y solo cuando llegaron á unos 200 metros vieron por una parte á los enemigos en una porción de emboscadas bloqueando el fuerte muy de cerca, y por otra á los defensores que salieron lanzando gritos para arrojarlos de allí de concierto con nosotros. Los tuculeurs manifestaron hasta el último instante una audacia increíble; perseguidos no corrían, y antes se dejaban matar, tal era su exasperación al ver que se les escapaba aquella presa.

La plaza libre, los defensores con el comandante Pablo Holl á la cabeza, se precipitaron locos de júbilo al encuentro de sus libertadores.

El 23 del mismo mes un brillante combate dado al ejército de Al-Hadji que se venció con un ejército de socorro que llegaba del Futa, limpió completamente las cercanías de la plaza desalentando á los fanáticos de Al-Hadji.

A fin de dar un golpe decisivo, el gobernador reunió refuerzos en Bakel, y el 11 de agosto se hallaba á la cabeza de 200 hombres de infantería indígenas, 70 artilleros con 40 mulas y 3 obuses y 100 voluntarios de San Luis. Con la ayuda de este pequeño ejército quiso atacar el pueblo de Somsom cuya fortaleza situada al pié de una pequeña cordillera tiene 300 metros de recinto, con diez y ocho torres que hacen el oficio de bastiones.

Venciendo las dificultades de una marcha penosa llegaron ante la plaza, cuando Malik y los suyos espantados con la suerte que les esperaba huyeron, dejando prisioneros 400 hombres. Luego entraron en Tata que saquearon y con dos minas hicieron saltar las principales torres.

El 17 las tropas se pusieron en marcha para atacar en Kana-Makhu á Kartorem-Sambala, el aliado fiel de Al-Hadji. Apenas el enemigo oyó el ruido del cañon se fugó en todas direcciones. Le mataron algunos hombres y las tropas tuvieron dos muertos y tres heridos. Incendiaron la aldea y desmantelaron los dos Tata.

El 19 á las cuatro de la tarde la columna llegó á Medina abastecida ya, y volvió á salir el día siguiente con el gobernador para San Luis.

El resultado de esta brillante campaña ha sido desembarazar el Bondiu y el Khasso de las bandas de Al-Hadji que se halla en fuga por el Khuruba (Bambuk).

### De la novela moderna en general.

El género de literatura designado comunmente con los epítetos de amena y de ligera, va extendiendo tan prodigiosamente su horizonte, va elevando un vuelo tan rápido y atrevido, que no puede menos de llamar seriamente la atención del observador y del crítico que se han impuesto el deber de analizar cuanto pueda influir de una manera notable en las instituciones sociales, en el progreso de los conocimientos humanos y en la severidad ó relajación de las costumbres.

Y á la verdad, la imaginación debía adquirir un gran desarrollo en una época en que se la deja marchar á velas desplegadas, en que todo se dirige á afectarla, y en que todo marcha á paso gigantesco, las ciencias, las artes, la industria. Los progresos de la mecánica suministran á la prensa los medios de multiplicar el pensamiento con la rapidez del pensamiento mismo; el vapor devora el tiempo y las distancias, poniendo las extremidades del globo en comunicación, y elevándose á abrir nuevas sendas por las inmensas regiones del espacio; la política es bastante diestra para desatar los nudos gordianos que forman los intereses encontrados

de las naciones, sin recurrir al filo de la espada, como el guerrero de Macedonia; y la historia, que solo había dirigido sus miradas á los sepulcros, lanza su veredicto sobre los hechos aun palpitanes, sobre las cuestiones aun efervescentes, y arroja sus retratos á la animada faz de los personajes á quienes ha daguerreotipado, sin temor de que se desmienta su semejanza.

Herida pues la imaginación con tan varias impresiones, enriquecida con tan nuevos conocimientos, no ha podido menos de extender los límites de sus dominios, y secundada por aquellos poderosos motores, el vapor y la prensa, ha derramado sus obras por todo el globo con la rapidez de un torrente y con la universalidad de un diluvio.

Entre las diferentes producciones de esta clase aparece en primer término la novela, esa concepción de naturaleza anfibia que participa de todas las formas, que abraza las cualidades mas notables de todas las obras de su género, el diálogo animado del drama, la sencillez y descripción del idilio, la majestad de la oda, el llanto de la elegía y la sublimidad del poema. Revestida con toda clase de trajes, adornada con todo género de atavíos, ya con la estola de púrpura de las matronas ó con el toscó sayal de las esclavas, invadiendo los palacios como los lugares mas humildes, afecta la individualidad en todas sus partes, ofreciendo imagen para la imaginación, reflexión para el juicio, ternura para el corazón y sentimiento para el alma.

Fácil es pues de concebir la grande influencia que ha de ejercer la novela en la sociabilidad y en las costumbres, influencia benéfica y consoladora, ó dolorosa y funesta, según las semillas de bien ó de mal que de ella se esparzan. «Es muy útil dar una alta importancia á la literatura, decía madama Sael: el dolor podrá experimentar siempre un enternecimiento saludable. Los escritos que contienen ideas y afectos virtuosos elevan el alma á meditaciones generales que desvian el pensamiento de las penas particulares.»

¿Pero podemos decir que la novela, tal como se escribe en el día, pueda difundir útiles enseñanzas? Doloroso es pronunciar la negativa. Lejos de servirse de los progresos de las ciencias para corregir los verdaderos vicios sociales, para reformar y suavizar las costumbres, para explicar la sutil metafísica de los afectos y la manera de dirigirlos á un fin laudable y generoso; en lugar de mejorar la educación de la mujer, de imprimir en su mente aquel fino tacto, aquella delicadeza de sentimientos y hasta esa finura de lenguaje que tan poderosamente influyen en la felicidad de las familias; lejos de recurrir á la historia para presentarnos sus mas bellas personificaciones que tan nobles ejemplos de heroísmo y de virtud nos ofrecen; para comunicarnos útiles enseñanzas, ó por lo menos para distraer el ánimo agoviado por la mano glacial de la desgracia; la novela, abusando de todos sus recursos, presenta las pasiones en su mayor exaltación, en su fiebre mas violenta, y hiere el corazón hasta arrancarle sangre, describiendo las escenas mas desgarradoras. Si interroga á la historia, es para reseñarnos los anales del crimen con la exageración de una imaginación delirante; si estudia á la sociedad, no es con el noble fin de indicarnos el bálsamo propio para cicatrizar las heridas que nos abre, sino para enconarlas, para retratar con los mas vivos colores los abusos sociales, para hacer su defensa ó su apoteosis, y clavar en el alma, acerca de las mas respetables instituciones, la duda y el escepticismo.

En su afán por extender los límites de sus dominios, ya no se limita la novela á ejercer su imperio en el tocador de la jóven, sino que aspirando á la calificación de filosófica y de reformista, trata de ocupar su sitio preferente en la biblioteca del hombre grave, á plantar sus reales bajo el dosel del magistrado y hasta á dirigir la pluma del legislador. Así la vemos penetrar en el templo de la ciencia hasta lo mas recóndito de su santuario, discutir con tanta ligereza como osadía sobre las cuestiones de moral, de legislación, de política que mas influyen en el buen orden y estabilidad de las naciones, presentar sistemas tan peligrosos como impracticables y las utopías mas absurdas, y torcer y cercenar el laudable objeto de las instituciones mas fecundas. Las cuestiones sobre la pena de muerte, el divorcio, la potestad marital y otras de no menor importancia son resueltas con una confianza que asombra; el olvido de las prácticas religiosas, el desenfreno de las pasiones, el suicidio, la infracción de los deberes mas santos son glorificados con una fatal elocuencia.

Una filosofía tan desacreditada como perjudicial ha invadido el ancho campo de la novela. Conociendo que no puede obtener la victoria de potencia á potencia, ha resuelto batirse en detalle; no atreviéndose á presentar la batalla en campo abierto, ha recurrido al fuego de guerrilla; viendo que sus armas se aportillan contra el escudo diamantino de la religión, y no ignorando aquel dicho de Epimenides, *la fuerza dulce es grande*, ha arrojado su casco y su espada, y entrelazando su brazo con guirnalda de flores, ha mezclado el veneno de sus impuros álitos con las odoríferas exhalaciones de la poesía. Persuadida de que sus teorías no pueden tener aplicación en el mundo real, ha recurrido al mundo ficticio trazando para enseñorear sus ideas, personajes y situaciones á propósito, ó ideando hechos absurdos, es verdad, pero cuya inverosimilitud apenas se advierte, merced al tufo de imaginación con que los adorna, y á esos tintos de virtud con que colora la conducta mas extraña. Una proposición que considerada en general es un dislate, nos la representa adoptable, aplicada á un caso particular, preparado con arte y con talento,

y encontrado á duras penas por una imaginación calenturienta, pero que esa filosofía explota para fundar sobre él un sistema y sentar sus teorías en un sentido absoluto.

Mas en vano es intentar presentarnos como practicales teorías á cuya realización opone insuperables vallas la misma naturaleza. En vano Jorge Sand se esfuerza por conseguir lo que él llama la rehabilitación de la mujer, presentándonosla dominando en el campo de la ciencia, y reclamando derechos propios del hombre y ágenos de su naturaleza; inútilmente trata este autor de conseguir con la novela lo que Hegel, el discípulo de Kant, no ha podido persuadir en el campo de la ciencia, y alcanzar un triunfo que no ha sido dado obtener á la profundidad filosófica de los pensadores alemanes. No es ciertamente con la fuerza del raciocinio, ni con las controversias de escuela como la mujer puede hacerse igual y dominar al hombre: no es así como empuña Omfalé la maza de Hercules, no es á la cabeza adonde debe dirigir sus tiros, sino al corazón. El triunfo de la mujer está cifrado en la pureza, en la modestia, en la decencia, en la bondad, en la dulzura y en tantas otras bellas y nobles cualidades expresadas por palabras que la filosofía de las lenguas ha caracterizado con el sexo femenino, como para indicar que son atributos esencialmente propios de la mujer. Hé aquí las dotes porque nos encantan la Cidli de Klopstock y la Angélica de Ana María. Con la pureza, con la modestia y la decencia es como la Beatriz del Dante se aparece al gran poeta, y le hace exclamar con todo el fuego y la exageración del entusiasmo:

*Ecce deus fortior me ventens dominabitur mihi.*

Mas ¿adónde se dirige todo el artificioso aparato de los modernos novelistas? A espíritus fatigados que van á buscar en la novela la dulce expansión de que se halla sediento su ánimo abatido: á imaginaciones caídas en la postración con el peso de sus estudios serios; á inteligencias débiles y poco ilustradas; al corazón de la mujer, donde tan fácilmente se grava cuanto es bello, dulce y agradable. Verdaderamente que es poco leal un combate contra seres cuyas fuerzas están agotadas, ó cuya inocente candidez no se apercebe de los lazos que le tiende la doblez y la malicia: verdaderamente que es poco digno talar así un país que no opone resistencia.

Sensible es tambien y deplorable la moda introducida de retratar las pasiones en toda su desnudez y los crímenes en todo su horror. Siguiendo hasta el extremo la regla de que el vicio debé presentarse en su fealdad para que pueda producir saludables efectos, no se admite que hay ideas, que hay cuadros tan desconsoladores, que manchan, que anublan las imaginaciones delicadas, que oprimen y destrozcan los corazones sensibles. ¿No teméis que ese fuego excesivamente fuerte abraze y haga desaparecer los delicados matices de la inocencia y del pudor de esos seres? ¿Tiernos capullos cultivados á la sombra de los invernáculos, pierden su frescura y su lezanía si son expuestos á la intemperie de una estación helada y rigurosa! ¿Flores delicadas que despliegan sus hojas en los estrados, expuestas á los ardientes rayos de un sol canicular, y vereis cuán presto se marchitan, pierden su brillo y doblan sus calices! ¿Qué otro efecto producen esas horribles escenas, esos banquetes en cráneos humanos del *Han de Islandia*, esas luchas entre los bandidos de la Cité en los *Misterios de Paris*, y la presencia nauseabunda, grotesca y horrible de Rodin y Goliath en el *Judio errante*, sino el endurecimiento del corazón y el disgusto mas extraño?

Peca tambien de inverosímil el carácter que generalmente se atribuye á las heroínas: ó nos las presentan dotadas de una inocencia y de una virtud impasibles, sin que en ellas puedan producir la menor impresión las escenas mas libres y atrevidas, incombustibles como el amianto entre las llamas, ó las revisten de una mezcla de virtudes y de vicios tales, que apenas puede distinguirse cuál es el afecto que las domina, en donde está la lucha, en donde el vencimiento, en donde la deslealtad. Bellas son sin duda esas creaciones en las cuales se revela una inocencia innata: bellos son esos seres ideales ante quienes parece que ha interpuesto el ángel custodio su égida brillante para impedir que las sombras del vicio oseurezcan su alma; y no cesáramos de tributarles nuestros aplausos, si no atendiéramos á que su ejemplo puede inducir á disipar el horror hácia esas escenas excéntricas que tanto influyen en la parte moral, si no temiéramos ver entronizado un sistema de educación semejante al del *Emilio* de Rousseau. Porque ¿á qué se dirigen esos cuadros que nos presentan á la inocencia y á la virtud rodeadas de vicios mas escandalosos y siempre immaculadas? ¿á la jóven sensible y entusiasta en una libertad absoluta, y no obstante triunfando de las asechanzas que la dirigen enemigos poderosos é inteligentes? Y esto, sin hallarse escudadas por los sentimientos y las prácticas religiosas, sin que se pueda concebir el manantial que hace fecundizar en sus almas virtudes tan fuertes y tan heroicas.

Es verdad que algunas de estas obras encierran grandes bellezas literarias y aun morales; que á veces se analizan con admirable acierto los sentimientos del corazón; que contienen grandes rasgos de imaginación que arrebatan y extasian; pero estas recomendables cualidades están empañadas por el espíritu revolucionario y antisocial que rebosa en la mayor parte de sus páginas. A veces, ese brillo no proviene de los ardientes rayos del sol que fecundiza, sino de los resplandores fugaces del relámpago que deslumbra, precursor del rayo que mata. Es verdad que en esas dilatadas galerías de

cuadros sombríos aparece algún bello retrato cuya frescura de colorido nos cautiva, algún risueño paisaje que sirve de descanso, como esas islas floridas que surgen en medio de los mares; es cierto, que contienen ideas morales, fecundas y consoladoras que mitigan la opresión de nuestro pecho; pero todo esto se halla oscurecido por el fondo fatal sobre que destacan estas obras. Pudiera comparárselas á esos vastos cementerios donde reina la tristeza y el espanto, donde tal vez se eleva una vistosa flor entre los fúnebres cipreses, donde se ven quizá en las horas más tristes de la noche brillantes resplandores, pero producidos por la electricidad de los osamentos.

El escepticismo ha adquirido en el día tal extensión, la moda ha tiranizado con tal fuerza, que basta que una obra tenga rasgos brillantes de imaginación y de talento para que se la prodiguen los mayores elogios, y para que se defiendan que no tiene ningún germen destructor. El brillo de la aureola del genio fascina á esas inteligencias entusiastas, y apenas pueden concebir que un autor que tan perfectamente escribe, pueda presentar proposiciones falsas, inmorales y disolventes. Hé aquí porqué en cuanto nos lo permitan nuestras débiles fuerzas examinaremos la índole y objeto de esas producciones; distinguiremos las bellezas literarias de los lunares que las afean moralmente y aun literariamente consideradas; separaremos las luces de las sombras, y rasgaremos la túnica de púrpura con que se cubre el esqueleto del vicio.

Confiamos en que no nos alucinarán los aplausos, y que no influirá en nuestro juicio la favorable acogida que haya obtenido una obra. Sabidas son las causas que suelen coadyuvar á este resultado. Unas veces la novedad del asunto, del argumento ó del modo de tratarlo; otras el afectar intereses de las clases numerosas; quizá también la osadía de penetrar en un terreno que nadie se atrevió á hollar; el avanzar un paso en la carrera ya roturada por superiores ingenios, y por último, esa furia invisible, llamada moda, que nos arrastra á ir unos en pos de otros, son suficientes motivos para que una obra se extienda y popularice con una rapidez prodigiosa. La sola curiosidad nos hace asomar al borde de un abismo para considerar su profundidad, sin pensar que acaso se nos maree la vista y caigamos en el precipicio. ¿Qué viajero al hollar las doradas arenas de Nápoles, dejó de penetrar en el cráter profundo del Vesuvio por temor de que pueda inflamarse su lava?

Pero se nos dirá: en vuestro escrupuloso exámen vais á dar á las ficciones una inteligencia y una importancia que á la verdad no tienen: vuestro escalpelo va á herir la parte exenta de gangrena: no creais todo lo que dicen los retóricos y los poetas, decía Epitecto, porque sus escritos no son más que el reflejo de sus impresiones del día. Goethe y los dos Schlegel han protestado solemnemente contra esa tendencia á ver en todas partes conclusiones, donde solo había quejas y raptos del alma, y á mirar como imprecación absoluta la duda y la negación del poeta. Ese mismo autor que habeis citado, Jorge Sand, ha dicho en sus *Cartas de un viajero*: «No creais absolutamente lo que he escrito, porque siempre he consultado para escribir el estado de mi alma que ha variado con frecuencia. Hubo momentos de recogimiento y de amor en que escribía de buena fe; pero hubo mañanas de fatiga, de insomnio y de cólera en que me burlé de las impresiones de la víspera y en que pensé todas mis blasfemias.»

Admitimos la objeción en cuanto sirve para excusar al poeta, ó mejor, al hombre por los momentos en que ha sentido debilitado su cerebro y traspasada su alma por la amarga duda; pero no podemos menos de señalar cuáles son las ideas que se han vertido sin duda en esos fatales momentos. Prescindimos del escritor para atender á sus obras; no examinaremos la buena ó la mala voluntad del labrador que esparce la semilla, para atender á separar el grano de la zizaña: combatimos y rechazamos las armas que se dirigen á herirnos, al paso que nos dolemos del extravío de esas inteligencias privilegiadas que pudiendo difundir una luz pura, aparecen á nuestros ojos como esas lámparas preciosas cuya brillante luz asfixia al que permanece próximo á ellas.

JOSÉ VIGENTE Y CARAVANTES.

### La Georgia. — Tiflis.

A nuestra salida de Telaff el tiempo estaba hermoso, el rico valle de Kakhecia, tornasolado con los brillantes colores del otoño, se extendía sobre la derecha á una gran distancia hasta la falda de las montañas cubiertas de vegetación, primeros contrafuertes de la cordillera Lesguina cuyas altas cumbres cubiertas de nieves eternas se destacaban sobre un cielo puro.

A la izquierda se elevaba una colina con muchos árboles por la cual serpenteaba el camino. En uno de sus recodos nos encontramos al borde de un torrente cuyo cauce estaba sembrado de rocas y troncos de árboles secos que había arrastrado en su corriente furiosa. Aquel sitio era muy pintoresco, y lo era más aun otro en donde se hallaba una iglesia llamada Schouhamta que se elevaba sobre un cerro cubierto de árboles, dominando el camino, y cuyo campanario y graciosas construcciones se distinguían á través del follaje que brillaba con los tonos más ardientes. A caballo llegamos á ese santuario muy venerado en toda la comarca. Después del servicio divino fuimos á tomar parte en un almuerzo cuyos honores hicieron los príncipes de Kakhecia. Allí se separaron del príncipe Bariatinsky; pero más tarde los ví á casi todos en Tiflis.

Al salir de Schouhamta principiamos á subir un camino trazado en medio de hermosas praderas limitadas á nuestra derecha por frondosos bosques; delante de nosotros se alzaba la escarpada montaña donde se veían ya las primeras nieves del año. Atravesamos la cordillera poco elevada que separa el valle del Alazan del del Koura. El camino serpenteaba subiendo de cerro en cerro, y ofreciéndonos á cada paso un nuevo cuadro.

Al llegar á la cumbre descubrimos un panorama inmenso: los picos helados de la línea Lesguina que íbamos á perder de vista, brillaban en el horizonte delante de nosotros en la dirección que íbamos á seguir; era el caos, una aglomeración de montañas sobrepuestas, el combate de los Gigantes contra Júpiter. Me parecía imposible que en un terreno tan desigual pudieran circular, no digo cómodamente, pero sin peligro, los muchos carros de que se componía la caravana; en cuanto á la escolta, no me inspiraba ninguna inquietud, pues ya había podido conocer que ni los hombres ni los caballos eran allí inferiores á los del Daghestan.

Pasamos la última noche de nuestro viaje en un puestito llamado Mukhravan; al otro día debíamos llegar á Tiflis. Algunas vestes nada más nos separaban de la capital de la Georgia. Al otro día muy temprano estábamos en camino á través de un país descuberto; el camino estaba trazado por vastas llanuras onduladas que tocaban por un lado á la cordillera secundaria que acabábamos de atravesar, y bajaban hasta las márgenes del Koura cuyas aguas brillaban con los rayos del sol. Ante nosotros se alzaba una masa de colinas trabajadas por las aguas de las lluvias; aquel era el término de nuestro viaje, á su falda estaba Tiflis.

Después de haber atravesado rápidamente la poca distancia que nos faltaba recorrer, nos hallamos en breve cerca de las primeras casas de la población situada en el borde de la garganta profunda donde el Koura ha labrado su cauce.

De allí debía partir el cortejo del príncipe teniente del emperador para su entrada solemne en la capital de la Georgia. La mayor animación reinaba en aquel punto; todos los príncipes de Georgia, vestidos de gala, con ricas armas y hermosos caballos, formaban un escuadrón numeroso y brillante. Allí estaban los representantes de esas familias cuya antigüedad data de muchos siglos: los Bagration, los Grouzinsky, los Orbeliane y tantos otros que podría citar, cuyos nombres recuerdan proezas infinitas.

Todos los generales, los oficiales superiores presentes en Tiflis se habían reunido también de gala y á caballo; un destacamento de cosacos del Don, un escuadrón de cosacos de la línea con sus pintorescos uniformes se hallaban formados en batalla esperando impasibles el momento de ponerse en marcha para cerrar el cortejo.

Todo el que poseía un caballo en Tiflis había acudido á mezclarse en el suntuoso estado mayor que debía acompañar al Namestnik, y todos los droschky y demás carruajes de la ciudad llegaban cargados de curiosos al punto de donde debía salir el cortejo. Las corporaciones con la bandera á la cabeza venían sucesivamente, y la muchedumbre era tal que pensé no había quedado nadie en la ciudad; pero luego reconoci que me había engañado, pues no sabía que en Tiflis se cuentan 80,000 almas.

Antes de penetrar con el cortejo, voy á hacer una corta descripción: Tiflis está situado á la falda de una roca que domina un viejo castillo en la orilla derecha del Koura. Abajo en declive se eleva la ciudad, que es pintoresca como ninguna. El río que desde muy lejos corre por un ancho valle, ha abierto en ese sitio una estrecha y profunda hondonada en la roca que obstruía su corriente.

En la orilla izquierda se eleva la ciudadela, el Metekh; á sus piés hay un puente, y en la orilla izquierda muchos establecimientos militares y cuarteles, entre otros Kuky y la colonia alemana. Las casas georgianas y armenias están cubiertas de tejados de pizarra y adornadas con grandes balcones, lo que anuncia un clima privilegiado. Muchos campanarios se destacan entre todas esas construcciones. Al lado de la antigua catedral, — *Sobor*, — consagrada al culto greco-ruso y mandada restaurar por el príncipe Gagarine, se eleva la del culto armenio rodeada de una muralla almenada; viene después la iglesia católica, el templo protestante, y el minarete de una mezquita alza su aguja redondeada en su extremidad en el barrio habitado por los persas. Sería muy larga de hacer la nomenclatura de todas las iglesias y capillas que se encuentran en Tiflis; solo he querido citar las principales. En cuanto á los monumentos elevados después de la dominación rusa, no difieren en nada de los que he podido ver en las ciudades de Rusia.

No hay que imaginarse que un cortejo en Tiflis presente el aspecto ordenado que tienen los de Europa: no forman la carrera los soldados para mantener á la muchedumbre ni se prohíbe la circulación de carruajes. En medio de la multitud se adelantaba á la cabeza el hermoso escuadrón de los príncipes georgianos, y seguía á bastante distancia el Namestnik acompañado del príncipe Bebutoff y de su comandante de estado mayor; detrás se agrupaban los generales seguidos de una masa considerable de oficiales de toda graduación, y entre ellos iba yo á caballo; cerraban el cortejo los cosacos del Don con sus largas lanzas y los de la línea, escolta particular del teniente del emperador, los cuales por la elegancia de su traje y la riqueza de sus armas parecían otros tantos príncipes.

Los tejados estaban cubiertos de mujeres revestidas con traje georgiano tan rico en colores, y algunas de ellas envueltas en un largo velo blanco. Los balcones

estaban cuajados de gente; se oían hurras frenéticos; las corporaciones replegándose sobre sí mismas volvían á tomar, con la bandera á la cabeza, el camino que habían recorrido para venir, haciendo resonar el aire con aclamaciones reiteradas, y el cortejo seguía adelantando en medio de la compacta muchedumbre.

En el momento en que el Namestnik puso el pié en el puente comenzó á tronar el cañón de la fortaleza; en aquel instante me pareció que me veía arrebatado en un torbellino; los caballos hasta entonces contenidos con trabajo y animados por los gritos de la muchedumbre y el estrépito de las salvas, corrieron por la calle estrecha que atraviesa el bazar, y en breve me hallé á la puerta de la catedral obstruida por los funcionarios civiles que abrieron paso al príncipe Bariatinsky, el cual entró, según el uso, para dar gracias á Dios por su feliz llegada.

Concluida la ceremonia el cortejo prosiguió su marcha. Nos hallábamos entonces en la antigua ciudad georgiana, en medio del bazar; la muchedumbre abundaba como en la otra parte del puente; pero pronto llegamos á una vasta plaza, la de Erivan, en cuyo centro se eleva el teatro. Pasamos á la ciudad rusa con sus calles tiradas á cordel y sus monumentos gigantescos llenos de columnas, y subiendo la perspectiva golovina nos apeamos ante el palacio de los vireyes, en cuyos vastos salones tuvo lugar la recepción oficial de todos los funcionarios presentes en Tiflis que se presentaban á felicitar al Namestnik.

Después hubo una gran comida. En el momento de sentarse á la mesa se oyeron los sonidos del duduky y del dmipitipo que formaban una orquesta completa. Correr á la galería que corona el pórtico fué obra de un instante, y desde allí presenciábamos uno de los espectáculos más singulares que pueden verse, una iluminación ambulante que casi eclipsaba la que lucía en toda la ciudad. Cada corporación, con su bandera y música á la cabeza, había acudido á honrar al recién llegado. Cada miembro tenía en la mano una vela encendida; el vasto baluarte que se extiende delante del palacio parecía un mar de fuego; luego en medio de aquella masa compacta se formaba un círculo, y los bailarines más elegantes de la sociedad ejecutaban algunos pasos de la danza favorita de la Georgia, la lekuri ó lesguinka. En seguida otra corporación formaba corro á su vez y se repetía el baile.

Algunos días después la nobleza dió una fiesta al teniente del emperador; los vastos salones del gimnasio se adornaron para este fin con un gusto perfecto. Si se tratara de un baile en San Petersburgo no me entretendría en describirlo, pero estamos en Oriente á dos pasos de la Persia. Uno de los salones, el de las damas, fué convertido en *darbaz*, aposento persa; los muros estaban cubiertos con esos tapices de colores brillantes que solo se ven en Oriente; en los aparadores se veían á montones las mil curiosidades que llaman la atención de los viajeros, jarrones, armas, pipas, espejos con marco metálico, etc.; en torno de la sala reinaba un diván cubierto de telas preciosas bordadas de oro, de plata y de colores vivos, y para completar el cuadro, en el fondo de aquel salón, había una orquesta persa, en medio de la cual se hallaba el célebre Satar, que es el Rubini de Ispahan y de Teheran.

En breve invadió la muchedumbre aquel lugar privilegiado; la orquesta tocaba de firme; Satar lanzaba las notas más agudas que hayan salido jamás de una boca musulmana, y se ocultaba la cara con un libro que tenía en la mano á fin de que no se vieran los gestos horribles con que acompañaba la emisión de su voz; una porción de graciosas georgianas revestidas con ese bonito traje semi-oriental y semi-europeo, los cabellos sueltos en largas trenzas y cubierta la cabeza con esa corona que se llama tassakravi que sostiene un velo de hilillo de oro y plata; formaban un semi-círculo delante de la orquesta. De pronto una de ellas se adelanta en el espacio que quedaba libre, y comienza uno de esos bailes animados cuyo argumento es siempre el mismo: una pastora (pongamos una pastora) huye delante de un pastor, deseando que éste la alcance, pero todo ello con ademanes castos y graciosos.

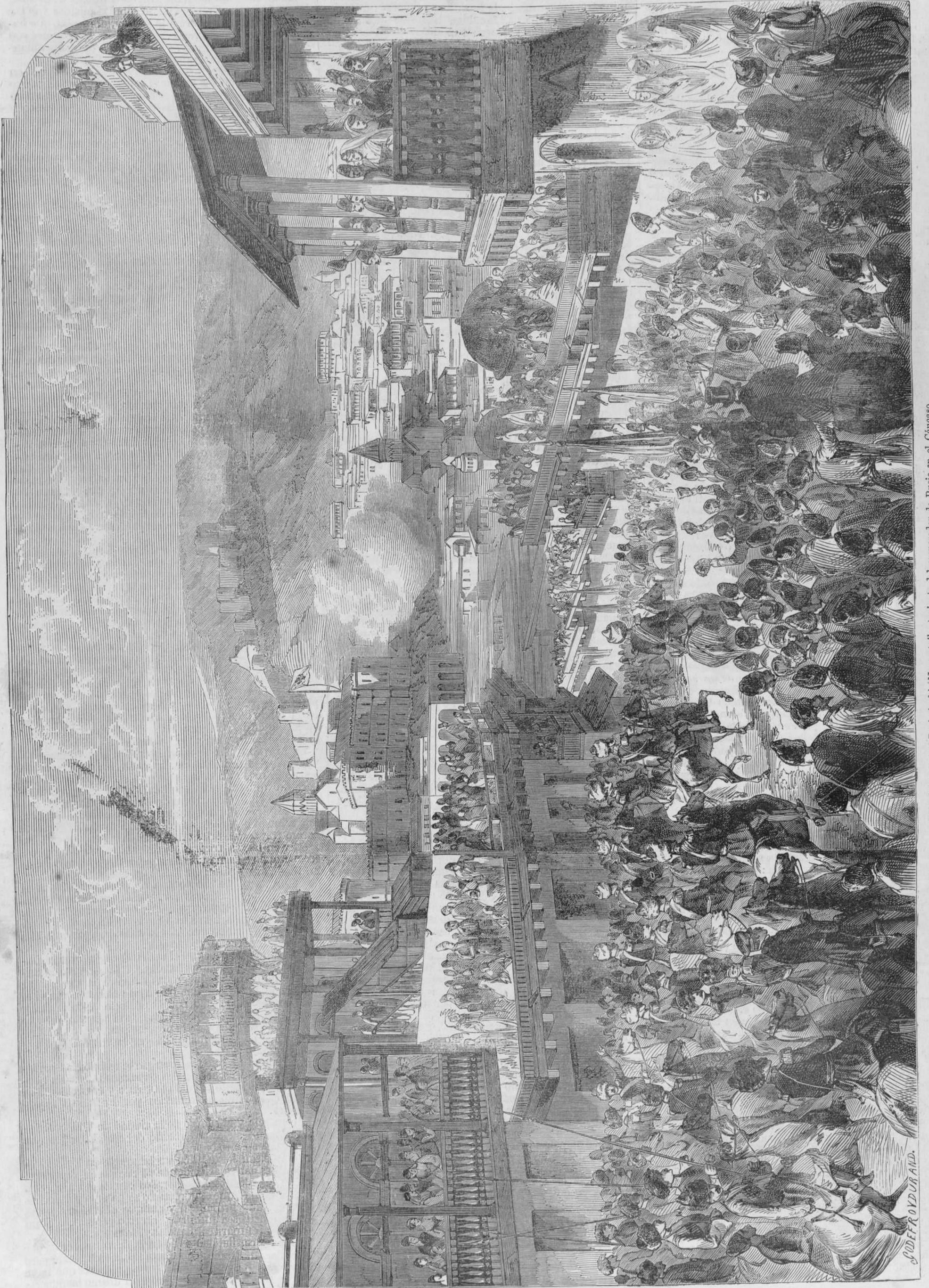
Los espectadores, según el uso en Georgia, acompañaban la orquesta dando palmadas. A la primera bailarina sucedió otra, y luego las demás sucesivamente; nunca había más que una bailarina; una sola vez ví el baile completo, bailado por la princesa Abachidzka y el príncipe Dadiano de Mingrelia. Casi con sentimiento oí resonar los sonidos de la orquesta europea convidándonos á las polkas y mazurkas por la voz del violín y del contrabajo.

Una cena en la que tomaron parte quinientas personas y unos fuegos artificiales terminaron aquella hermosa fiesta, durante la cual el Oriente y el Occidente se habían dado la mano, reunidos por brillantes representantes.

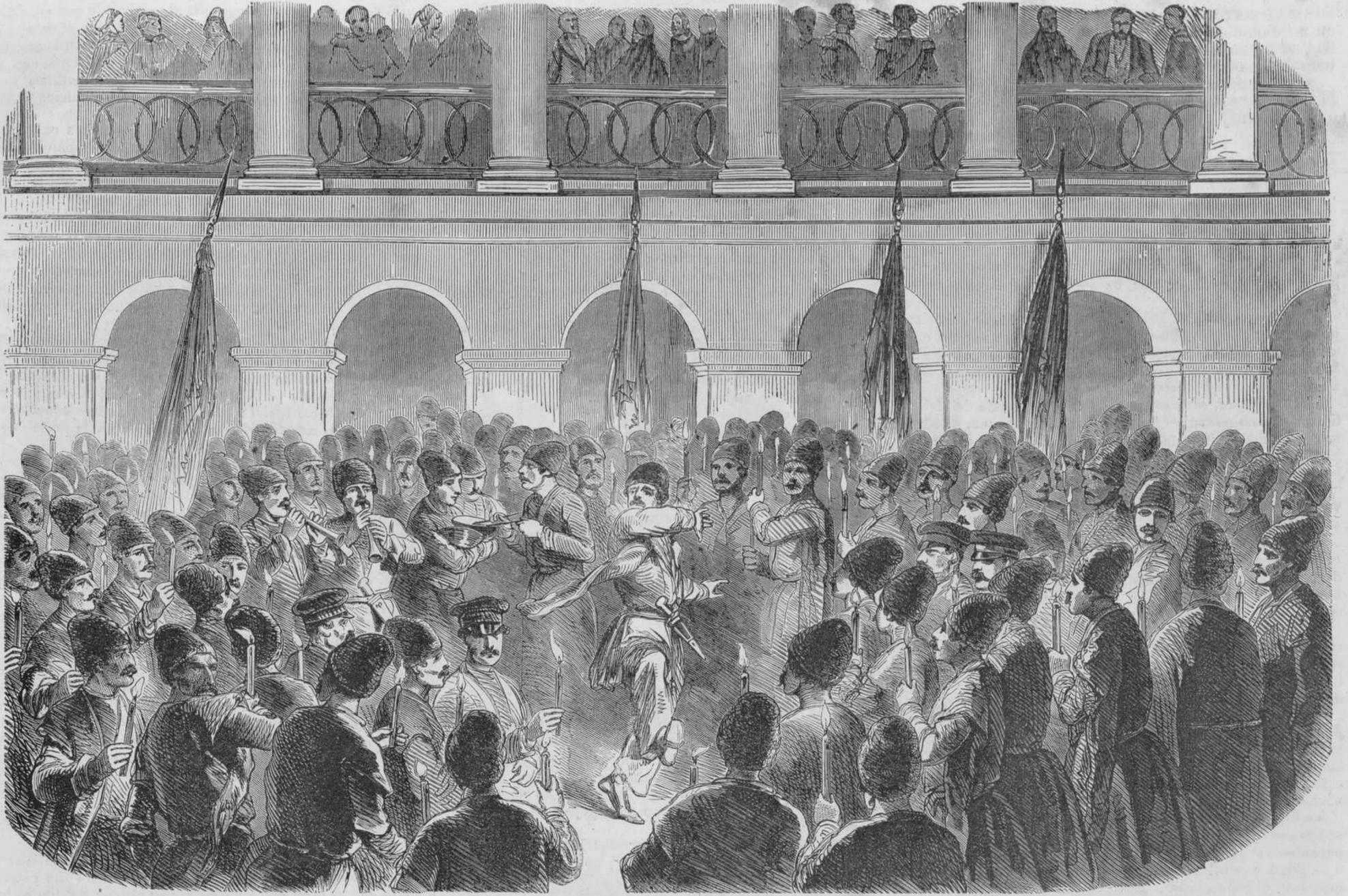
El comercio y el cuerpo de la ciudad de Tiflis quisieron también festejar al teniente del emperador, lo que efectuaron con otro baile.

El día de san Jorge hubo un banquete en los hermosos jardines del palacio, donde se reunieron generales, oficiales y soldados condecorados con la cruz de San Jorge. Sabido es que esa orden no se da sino por hechos de armas muy brillantes, y aunque el número de las grandes cruces sea ilimitado, un solo general, y es un extranjero, el mariscal Radetsky, la posee.

La mayor cordialidad reinó en la fiesta favorecida por un tiempo admirable. La música no dejó de tocar; pero allí donde se reúnen soldados rusos preciso es que haya baile, de modo que así que resonó el último brindis, se



Entra la en Tiflis del príncipe Bariatinski, Namestnik, teniente del emperador de Rusia en el Cáucaso.



luminacion ambulante de las corporaciones en Tiflis.



Baile de la nobleza, en Tiflis. El Darbaz, la Lesguinka.

PODEFROY DURAND

formaron corrillos, la orquesta entonó la lesguinka, y en un momento los viejos soldados lucharon en agilidad en los pasos de la danza caucásica, como habían luchado en bazarra en los campos de batalla.

Mucho tendría que escribir para hablar como es debido del Cáucaso; pero desgraciadamente mi residencia aquí será muy corta.

P. BLANCHARD.

### Revista de París.

Hé aquí un lance curioso ocurrido entre un folletista célebre y un especulador que ha hecho gran fortuna en la Bolsa.

Estos dos sujetos se habían conocido y tratado desde su juventud, y por consiguiente son amigos, pero amigos que se quieren poco; la historia que vamos a contar explicará esta contradicción que existe en las amistades humanas más a menudo de lo que parece.

La animosidad, preciso es confesarlo, provenía del folletista que no podía perdonar al otro... su fortuna. El banquero conocía muy bien los sentimientos de su amigo, y había acabado por pagarle en la misma moneda. Sin embargo, nuestros dos personajes se veían con frecuencia en el teatro y en las reuniones, y no se encontraban una sola vez sin estrecharse la mano y sin deshacerse en protestas afectuosas.

El escritor no atacaba nunca á su amigo á cara descubierta, no se atrevía á romper francamente las hostilidades, pero en sus escritos empleaba alusiones tan poco rebozadas, que ni el público ni menos el especulador podían engañarse sobre la persona á quien iban dirigidas.

En el verano último varias combinaciones bursátiles coronadas con un éxito feliz, suscitaron al especulador las recriminaciones más acerbas por parte de sus adversarios. Claro es que el periodista no desperdió tan buena ocasión de ensartar epigramas; al contrario, la dosis fué doble.

— ¿Cómo le impondría yo silencio? se preguntaba el otro; un desafío es una cosa absurda; los tribunales, imposible; veamos de neutralizar su oposición con dinero ofrecido simultáneamente.

El acaso le suministró un recurso admirable para llevar adelante su propósito.

Dos días después de la publicación de un nuevo folletín sembrado de agudezas crueles, se encontró en la calle al periodista seguido de un mozo con una maleta.

— ¿Qué es eso? ¿vamos de viaje, mi querido amigo? preguntó el especulador.

— Sí, voy á los baños.

— ¿A qué punto?

— A Baden.

— ¡Diablo! En Baden se juega de firme.

— Justamente por eso me dirijo ahí; necesito distraerme.

— Entiendo. Te encuentras en posesión de algunos billetes de banco que no te hacen la mayor falta, y quieres probar fortuna.

— Lo has adivinado, amigo mío.

— Pues es un disparate. Pero en fin, ¿cuánto llevas al juego?

— Unos cuatro mil pesos fuertes.

— Te voy á proponer una cosa, exclama el bolsista después de haber reflexionado un instante. Llévate la mitad y deja la otra en mis manos; si te es propicia la suerte, con dos mil pesos tienes lo bastante para hacer una bonita ganancia, y en el caso contrario no te disgustará encontrarte con los otros dos mil á tu vuelta.

— ¡Magnífico plan! Tienes razón... Es bueno estar prevenido contra el ardor del juego.

— ¿Aceptas?

— Sí, vamos á tu casa.

El periodista hizo su depósito y se fue á su viaje.

— El medio está encontrado ya, se dijo el bolsista rebozando de júbilo; si la gratitud no le cierra la boca, quiere decir que mi amigo tendrá un corazón de piedra.

Dos meses más tarde el periodista entraba en casa del financiero.

— Supongo que vienes cargado de oro, le dijo este.

— ¡Ay! amigo mío, tu consejo fué acertadísimo, lo habría perdido todo; ¿me haces el favor de devolverme mis dos talegas?

— Con mucho gusto, respondió el otro sonriendo; pasemos á la caja.

El cajero abrió sus libros y dijo al periodista:

— No son dos mil pesos los que tiene Vd. aquí; sino doce mil y pico.

— ¡Cómo! ¿Qué dice Vd.?

— Si señor, así consta en mis cuentas.

— ¿Has jugado con mis fondos? dijo el escritor al financiero.

— Ya lo ves; hemos jugado y con otra suerte que la tuya en Baden.

— Veo lo que es, dijo para sí el folletista; quiere seducirme, probémosle que á mi nadie me engaña.

Y volviéndose hácia su amigo, exclamó con mucha seriedad:

— ¿Y quién te ha dado permiso para exponer mis fondos en operaciones de Bolsa?

— ¿Que no estás contento?

— No digo que me desagrade el hallarme con diez mil pesos de ganancia; pero también habría podido perder esta suma... cosa muy natural, porque tú juegas á la baja y las tendencias son á la alza... yo siempre juego á la alza.

— Está bien, amigo mío, repuso el especulador, toma la cantidad que me dejaste y no hablemos más del asunto.

El periodista hizo una pausa y contestó cambiando de tono:

— No, reflexionándolo bien, te dejo el dinero; sin embargo, siento que hayas jugado sin mi autorización.

— ¡Con que eres tan agradecido! se dijo el financiero cuando se hubo quedado solo; pues tú no necesitas autorización para ser insolente en tus folletines... Veremos; otra vez te entregas á mí, y te aseguro que no seré tan tonto como la primera.

Algunos meses después nueva visita del escritor, que entró rebozando esperanza en el despacho de su amigo; pero este por el contrario tenía el aire muy triste.

— ¿Qué tal nuestros negocios? preguntó el recién llegado. Vengo á pedirte mi cuentecita.

— No tienes más que pasar á la caja.

El empleado consulta sus apuntes y le dice:

— Ha perdido Vd. todo lo que tenía, y debe Vd. á la casa una suma de ocho mil pesos.

— ¿Qué oigo? dijo el folletista estupefacto; ¿cómo puede ser eso habiendo habido tantos días de baja?

— Es verdad, pero Vd. había dicho que las tendencias eran á la alza, Vd. juega siempre á la alza, y hemos creído que debíamos seguir sus inspiraciones.

— Pero ¿y ustedes?

— Nosotros no jugamos más que á la baja. — Sin embargo, tengo que decir á Vd. que no le reclamaremos esa deuda; mas claro, el dueño de esta casa dice que Vd. no le obligará á reclamársela, y que ya sabe Vd. lo que esto significa.

Efectivamente, el escritor comprendió la significación de estas palabras, y la prueba es que su periódico guarda silencio respecto al amigo á quien había destrozado hasta aquí de un modo implacable; no se rompen lanzas fácilmente cuando la diversión puede costar ocho mil pesos.

En el gran edificio llamado el Palacio Real existió hace años un establecimiento famoso, sin otro rótulo ni otra señal á la puerta que su número que era el 113. Había aquí un juego de ruleta. Cuando por una ley se prohibieron los juegos en París, el establecimiento en cuestión desapareció como todos los demás, y en el día se halla convertido en una fonda que se llama Número 113.

Cuéntase que en una de las tardes de la última semana un alemán, ya hombre machucho, atravesó el jardín del edificio, se fue en derecha al número 113, y subió con precipitación las escaleras. Al entrar el extranjero manifestó el mayor asombro; en vez de un vestíbulo sombrío se halla en un salón soberbio lleno de espejos, de flores y de luces.

— ¡Dios mío! me equivoqué, dice dirigiéndose al fondista que estaba á la entrada de su casa; no es extraño: hace treinta años que salí de París...

— ¿Y qué buscaba Vd.?

— El número 113.

— Aquí es; no se engaña Vd., caballero.

— En ese caso lléveme Vd. á la sala de juego.

Nuestro hombre buscaba la ruleta.

— Caballero, continuó el otro con la afabilidad que distingue á los fondistas parisienses, hace mucho tiempo que ya no se juega aquí.

— ¿Pues qué se hace?

— Se come.

— ¡Se come! repitió el alemán con esa flema germánica que suministra á las facultades intelectuales el tiempo suficiente para profundizar las cuestiones de que se trata; comamos pues.

Y nuestro alemán se sienta á la mesa.

Repetidas veces le vieron apoyar la cabeza en las manos como un hombre que medita hondamente; por último cuando apuró una botella de vino de Champaña con sus postres, llamó al fondista y le dijo:

— Vuelvo de varias casas de juego de mi país, y he perdido mucho. La suerte me ha sido tan contraria que he jurado no volver á jugar en mi tierra, pero acordándome de que en otro tiempo tuve mucha fortuna en París, he venido al nº 113 á ver si recuperaba lo perdido, y pensando que en tierra extranjera no quebrantaba mi juramento. La Providencia ha querido que coma en vez de jugar, y durante la comida he reflexionado y decidido que en todas partes debo cumplir mi promesa. Había pensado suicidarme si perdía, y quiero regalarle á Vd. el arma que traía dispuesta para ese caso.

Y dicho esto entregó al fondista un cachorrillo primoroso, guarnecido de plata.

El dueño del establecimiento dió gracias por el obsequio, y el alemán se ha propuesto mientras esté en París no faltar un día á la fonda. Dice que el fondista es su salvador; que el juego le mataba, y que su cocina le da la vida. Para un sesudo alemán el dicho puede pasar como una agudeza.

En varias ocasiones hemos señalado en estos artículos cómo se hacen la mayor parte de los matrimonios en París. Un padre de familia encarga á su notario el cuidado de casar á su hija; de la misma manera que le encomienda la colocación de sus fondos. En el invierno los bailes hacen tantas bodas como los notarios. Un soltero se presenta en los salones, y examinando las bailarinas distingue á una joven de diez y ocho á veinte primaveras, de rostro agradable, fina, de gusto en el vestir; la saca á bailar, habla con ella, se queda prendado de su conversacion, y con disimulo se informa de su dote.

El soltero se retira á su casa pensando en la niña, y al quitarse la corbata, se dice que ya ha llegado la hora para él de contraer matrimonio. Aquella noche sueña con el baile, con el vestido azul y los cabellos rubios de la joven, y sueña principalmente con el dinero que aumenta su hermosura. Algunos días después es presentado á la familia de la doncellita, y este primer paso compromete ya su porvenir. Le reciben favorablemente; gusta mucho á los padres, lo

que significa que su fortuna está al nivel de la que ellos desean á su hija. Esta le mira con el respeto que se debe á un futuro sin que le parezca bien ni mal; le aceptará como habría aceptado á otro en iguales condiciones. Lo que ella desea es el matrimonio, que la permitirá salir de tutela y rodearse de todo ese lujo que es la suprema ambición de tantas mujeres.

Cada invierno se improvisan en París muchos enlaces de esta naturaleza: ¿cómo extrañar que se rompan después con la misma facilidad con que fueron contraídos? Sin embargo, diremos que hay excepciones en cuanto á este resultado deplorable. El amor suele hacer de las suyas.

Uno de estos proyectos de union formado á principios del invierno último debía tener su realización en la primavera pasada. Carlos de R..., poseedor de una buena fortuna honorosamente adquirida por su padre en el comercio, vió en los círculos que frecuentaba á Matilde de X..., joven de una fisonomía interesante, de esmerada educación y bastante rica.

El prólogo está escrito ya. Carlos, que hasta entonces había mostrado poca afición á las sociedades, empezó á tomarlas gusto desde que encontraba en ellas á Matilde. No perdía ocasión de verla ni de hablarla. La joven estaba encantadora en los bailes; casi todas las noches concurría á las casas conocidas donde era admirada como la perla de las reuniones.

Aunque objeto de tanta distinción y rodeada siempre de admiradores de su belleza, Matilde no era una coqueta de sociedad; era una joven alegre de carácter, ansiosa de brillar porque era bonita, pero se hallaba muy enamorada de Carlos, y le consagraba sus triunfos.

Convenido el matrimonio entre las familias, se fijó la época de las bodas como hemos dicho al principio, y Carlos aprovechó la cuaresma para hacer un viaje con el fin de arreglar cuestiones de intereses.

Desgraciadamente no debía ver más á Matilde. Carlos murió de repente en casa de una tía que habitaba á bastantes leguas de París, y de quien era único heredero.

Al saberse en París la noticia de su fallecimiento, Matilde sintió un dolor profundo, y un cambio radical se operó en su carácter. Su gracia, su alegría, su afabilidad desaparecieron. De un humor sombrío y siempre buscando la soledad, pasaba los días entregada á un desconsuelo amargo. Desde entonces no quiso presentarse mas en ninguna fiesta.

A la entrada del verano sus padres la hicieron viajar; la llevaron por la Suiza y la Italia en busca de distracciones, que eran para ella otros tantos motivos de tormento, y á su regreso á París en el mes último se hallaba tan inconsolable como á su salida.

Por fin una tarde desapareció de su casa. Su familia en el colmo de la desesperación pasó buscándola un día entero, hasta que al cabo logró descubrir su retiro: Matilde se había encerrado en un claustro, y declaró á sus padres su firme resolución de acabar allí su existencia. Las religiosas carmelitas en cuya casa ha entrado la joven, prometieron á sus padres hacerla pasar un noviciado de los más rigurosos; pero si al cabo de él Matilde insiste en su resolución, la recibirán en su seno.

Los periódicos de esta semana cuentan una aventura que tendría bastante de risible, si la broma no hubiera sido tan pesada para uno de los héroes que en ella figuran. El caso es el siguiente:

Un comerciante retirado de los negocios posee cerca del pueblecillo de San German una casa de campo donde pasa la mayor parte de su tiempo. En este lugar de recreo nuestro buen señor consagra sus horas al cuidado de una huerta magnífica, y para estas ocupaciones de hortelano que absorben actualmente los ocios de su vida, se viste de blusa como un jardinero.

El lunes último su señora recibió una carta en que la anunciaban que su hija se hallaba gravemente indispueta; al punto quiso venir á París, y su marido la acompañó hasta el embarcadero del camino de hierro. Como era ya de noche el comerciante no juzgó á propósito despojarse de su blusa, y al atravesar su huerta cogió maquinalmente un palo que debía servirle de bastón.

Serian las diez cuando caminaba de vuelta á su domicilio, y para llegar á él debía atravesar una porción de callejuelas oscuras y tortuosas. Al revolver el esquinazo de un callejón de estos, el comerciante se encuentra de repente cara á cara con un individuo cuya facha le inspiró recelos, y alzó su garrote como poniéndose á la defensiva. Pero no bien tenía el palo en el aire, cuando recibió en el hombro un fuerte bastonazo, al que respondió inmediatamente con su garrote, y ambos adversarios continuaron así una lucha encarnizada interrumpida solo por los epítetos de « ¡lunante! ¡ladron! ¡asesino! » que se lanzaban uno á otro. Por fin el comerciante vió caer de repente á su enemigo, y echó á correr por la callejuela.

A pocos pasos de distancia encontró dos hombres del pueblo á quienes dió parte de lo ocurrido.

— El ladron no ha muerto quizá, añadió, y creo que sería conveniente poner á buen recaudo su persona.

Los tres se dirigieron al teatro del combate, y hallaron á un individuo sentado sobre una piedra, que parecía estar sufriendo dolores agudos.

— ¡Dios mío! exclamó uno de los dos hombres del pueblo, mirándole de cerca; es M. S....

No se engañaba.

Este M. S.... es un hacendado de las cercanías que vestía de blusa como el otro. Entramos por un error fatal se habían tomado mutuamente por rateros nocturnos, y bajo la impresión de un miedo recíproco se habían atacado y se habían sacudido una felpa de primera clase.

Y sin embargo se conocían hacia algún tiempo; una disputa sobre intereses les había conducido en presencia del juez de paz, y M. S.... ganó la causa. Este, que había salido herido en el encuentro, quiso considerar la cosa como un

acto de venganza de su adversario; pero la honradez y buenos antecedentes del comerciante hicieron rechazar esta situación; además, él había recibido el primer golpe. No había habido otra causa que un comun error para este combate inusitado.

MARIANO URRABIETA.

### A FELICIA.

No pienses, no, que el ruido de la Europa  
Sofoca en mí los ecos de tu lira:  
En ella pienso yo: por tí se inspira  
Mi númen que te aclama sin cesar.  
Tras largo tiempo de silencio y calma  
El arpa pulso de ilusión henchido,  
Y le entrego á los vientos un sonido  
Que á tus puertas, la brisa, ha de llevar.

Tal vez la voz de la amistad fallece  
Al peso de la ausencia abrumadora;  
Mas no te olvida el corazón que ahora  
Te dirige su férvida canción.  
Que en tí descubro con sublime encanto  
De mi Cuba gentil, siempre querida,  
A la escritora que celosa cuida  
De aumentar su brillante ilustración.

¿Porqué alentando en apartada tierra  
No lanzas en Europa tu armonía  
Desatando el raudal de poesía  
Que hierve eterno y poderoso en tí?  
¿Porqué no tienes tus donosas alas,  
Y ambicionando peregrina gloria,  
No vienes, dí, para aumentar la historia  
De aquella patria que celebro aquí?

¡Oh! tú que llevas la radiosa imágen  
De la verdad en tu lozana frente.  
Y enemiga de Byron, gravemente  
Indicas la grandeza del Señor!  
¿Porqué no vienes á elevar tu acento  
Para que vibre y resonando suba  
Dándole prez y porvenir á Cuba,  
Y á la historia del arte, resplandor?

Será muy grato el eco desprendido  
En este viejo, carcomido mundo,  
De un genio americano, que feando  
Quiere por sí con ilusión cantar.  
Tú, que en mi patria tu país encuentras,  
Y cuya mente tropical ansía  
Aire, luz é ilusión... tu melodía  
Ven, en la pobre Europa á derramar.

Ven á decirla que radiante el astro  
Del porvenir á América ilumina,  
Y tu sonora voz vibre argentina,  
Y al éter llegue de la gloria en pos.  
Ven, porque miro en tu gallardo númen  
Un reflejo del rayo que vacila  
En la frente del sol, cuando destila  
Perlas sobre él, la voluntad de Dios.

Y al pié del gigantesco monumento  
Del viejo mundo, con fervor levanta  
Tu acento lleno de pasión, y canta  
La América moderna en tu emoción.  
Y en tu prosa oriental, pinta sus flores  
Su pasado, su fe, su dicha suma,  
Y un rastro deje tu elocuente pluma  
Como lo deja el sol, en la extensión.

¿No es mengua, dí, para la patria mía  
Que habiendo allí brillantes escritores,  
Y entre ellos tú, de Europa los cartores  
Desconozcan sus obras, y á la par,  
Pregunten si en América derrama  
Su destello ese Dios que al genio guía,  
Y que torrentes de belleza envía  
Y que al mundo, no cesa de impulsar?

Cuando en España al aplaudir los versos  
Que en las tertulias de Molins brotaban,  
Y cuyos ecos para mí sonaban  
En grave, seductora entonación;  
Cuando al oír las cántigas hermosas  
Que en el salón de Rivas pronunciara  
Algún poeta, que laurel lograra  
Como Hartzenbusch, ó Rivas, ó Breton,

Yo recordaba las gallardas trovas  
De tanto esclarecido americano,  
De ellos admirador; de ellos hermano  
Allí quise sus cántigas tener,  
Mas era en vano proclamar su númen,  
Versos allí para ensalzar no había  
La hermosa tierra de derrama el día  
Manantiales de gloria y de placer.

Dilo, Felicia, en mi querida patria,  
Y oigan tu voz cual eco de ventura,  
Pues con orgullo, con cabal ternura  
Leeré cuanto á mi patria dé opinión,  
Y tomando mas brillo sus poetas,  
Descollarás entre ellos arrogante,  
Logrando todos un laurel distante,  
Pero laurel de eterna estimación:

Quédate á Dios, y las lucientes rosas  
De mi patria feliz broten radiantes  
De tu pluma gentil: rasgos brillantes  
Te inspire el mundo y su inmortal Autor.  
Tras largo tiempo de silencio y calma,  
El arpa pulso de ilusión henchido,  
Gozoso en esta vez, por haber sido  
Tu amigo en Cuba: aquí tu trovador.

Paris.—1857.

ANTONIO VINAGERAS.

### Las madres.

De padres á padrastros  
Hay cuatro leguas;  
De madres á madrastras  
Hay cuatrocientas.

#### I.

— Quiquiriqui... — Canta el gallo  
Y con esta ya van tres.

Ea, muchachos, arriba,  
Que es cerca de amanecer.  
— Todavía es muy temprano...  
Padre, déjenos usted  
Otro poquito.

— Que os deje  
Cuando tenemos la mies  
Clamando porque cuanto antes  
La vayan á recoger...  
Ea, arriba, perezosos.  
— Anton, déjalos. ¿No ves  
Que están los pobres muchachos  
Reventaditos de ayer?  
— No, ¡buena procuradora  
Tienen en tí!

— Que se estén  
En la cama hasta que el gallo  
Cante siquiera otra vez.  
— Bien, que se estén... ¡Estas madres  
Los echan siempre á perder!  
— Hombre, ¿qué quieres que hagamos?  
— No haceros tanto de miel.  
— Hijos de nuestras entrañas,  
¿No los hemos de querer?

#### II.

— Muchachos, que ya es de día.  
— Padre, ya estamos de pié.  
— Ea, pues á ver si hoy cunde  
La tarea mas que ayer.  
— Hombre, ¿son algunos negros?  
— ¿Ya sales tú?

— Ya se ve  
Que salgo.  
— Pero señor,  
¡Que en todo se han de meter  
Estas mujeres!

— Tratándose  
De mis chicos, con el rey  
Me peleo yo... Hijos míos,  
¿Vais en ayunas? Bebed  
Un traguito de aguardiente  
Con un bollo. Os voy á hacer  
Para almorzar unas migas  
Que estén diciendo ¡comed!  
Abrochaos esos cuellos,  
Que con el sol os poneis  
Lo mismo que unos gitanos...  
¡Válgame Dios de Israel,  
Que por mas que una se mate  
No ha de poder nunca ver  
Arreglados á estos hijos!...  
Id con Dios.

— Hasta después.  
— ¡Eres la madre! mas madre  
Que se ha visto ni se ve!  
¡Déjame, Anton, por los clavos  
Del Señor! ¿Y qué he de hacer?  
Si su madre no los quiere  
¿Quién ha de quererlos, quién?

#### III.

— ¡Qué hermosa está la mañana!  
¡Qué bien se está aquí, qué bien!  
Desde esta ventana, un mundo,  
Un mundo entero se ve!  
El aire de la mañana  
Olores va á recoger  
Al tomillar de los cerros  
Y aquí los vierte después.  
Airecito que vertiendo  
Olores como la miel,  
En mi ventana suspiras,  
¡Que Dios te bendiga, amen!  
Los mozos yendo á la vega  
Van cantando su amor fiel,  
Las mozas yendo á la fuente  
La van cantando también,  
Y hasta los pájaros cantan  
En el huerto no sé qué...  
Anton, el sol de Dios sale  
Por detrás del cerro aquel...  
¡Qué hermoso, Dios le bendiga!  
Anton, ¿no le quieres ver?  
— Déjame de sol ni sombra,  
Que harto me abraso con él.  
¡Si no es el sol que tu miras  
El que madura la mies!  
¡Si el sol que tú miras son  
Tus hijos!

— Pues bien, ¿y qué?  
¡Los hijos son el espejo  
En que las madres se ven!

#### IV.

— Anoche los señoritos  
Debieron correrla bien,  
Que cuando se recogieron  
Eran cerca de las tres.  
— ¡Estás en tu juicio, Anton!  
Si yo misma les eché  
La llave para que entraran  
Y eran... serían las diez.  
— Mujer, si yo los sentí,

Y estuve para coger  
Una tranca...  
— Vamos, vamos,  
Tú estabas soñando.

— Eso es!  
¡Mire usted que es mucho cuento!  
¡Que le han de querer hacer  
A uno comulgar con ruedas  
De molino! Ya se ve,  
Su madre lo tapa todo,  
Y los chicos hacen bien.  
¿Y no les diste dinero  
Para la bromita?

— ¡Pues!  
— Mujer, si yo te sentí  
Abrir el cofre y coger  
Dinero cuando se fueron...  
— Sí, se lo dí; pero ¿y qué?  
Quiero que siempre mis chicos  
Donde vayan queden bien.  
— ¡Válgate Dios!  
— Anton, mira,  
Por mas vueltas que le des,  
Ellos han de ser mis hijos  
Y yo su madre ha de ser.

#### V.

— ¿Qué tienes, hija? ¿Estás mala?  
Hace ya cerca de un mes  
Que no duermes, que no comes,  
Que reír no te se ve,  
Pue te quedas en los huesos...  
¿Qué tienes? Vamos á ver,  
¿Quieres que se llame al médico?  
— No, Anton, porque inútil es.  
— ¿Pero no sabes que tienes?  
— ¡Demasiado, Anton, lo sé!  
¡Los hijos de mis entrañas  
Van á ir á servir al rey!  
— Tonta, ¿y por eso te afliges?  
Mira, para conocer  
El mundo, no hay mejor cosa  
Que andar siete años por él.  
Todos los hombres debieran  
Esos estudios hacer.  
— Anton, vosotros los padres  
Así pensareis tal vez,  
Pero las madres pensamos  
Que es el dolor mas cruel  
Ver á los hijos del alma  
Por esos mundos correr,  
Muertos de cansancio un día,  
Otro, muertos de hambre y sed.  
— Es verdad que hay algo de eso.  
Pero, hija, ¿qué hemos de hacer  
Si caen soldados los chicos?  
— Anton, ¿y preguntas qué?  
Hasta los últimos clavos  
Para librarlos vender;  
Y si eso no basta, yo  
Por esos mundos iré  
Pidiendo de puerta en puerta  
Para que á servir al rey  
No vayan los pobres hijos  
¡Que con tanto afán crié!  
— Alegando algun achaque  
Se podrán librar tal vez...  
— Eso sería mentir,  
Y dos veces ofender  
A Dios que los ha criado  
Mas hermosos que un clavel.  
— Pues venderemos las tierras  
Ya que te empeñas, mujer.  
— ¡Gracias, Anton de mi alma!  
¡Que Dios te bendiga, amen!  
Para las madres, la gloria  
Es siempre á sus hijos ver...  
¡Ah, si Dios nos da dolores,  
Consuelos nos da también!

#### VI.

— Ayer tu santo bendito,  
Y nadie te vino á ver...  
¡Qué ingratos hijos, qué ingratos!  
— Anton, por la Virgen, ten  
Paciencia!...  
— ¡Paciencia! ¡Mucha  
Necesitamos tener!  
¡Mira el pago que nos dan  
Esos pícaros, después  
De haberles sacrificado  
El pan de nuestra vejez!  
¡La soledad y el olvido!  
— ¿Pero hombre de Dios, no ves  
Que tienen familia ya  
Los pobres á que atender?  
— ¡Y se olvidan de sus padres!  
— No hay tal...  
— ¡Bien claro se ve,  
Se casaron y no han vuelto  
A poner aquí los piés!  
— No habrán podido los pobres...  
— ¡No los defiendas, mujer!  
— Son mis hijos.  
— Ese nombre  
Yo á darles no volveré  
Sino para maldecirlos.  
— ¡Qué corazón tan cruel!  
— ¡Malhayan amen mis hijos!  
— ¡Benditos sean amen!

ANTONIO DE TRUEBA.

### La India.

Las páginas que consagramos hoy á la India son bastante variadas para que pudiéramos hacerlas pasar como una especie de justa entre el arte europeo, el arte

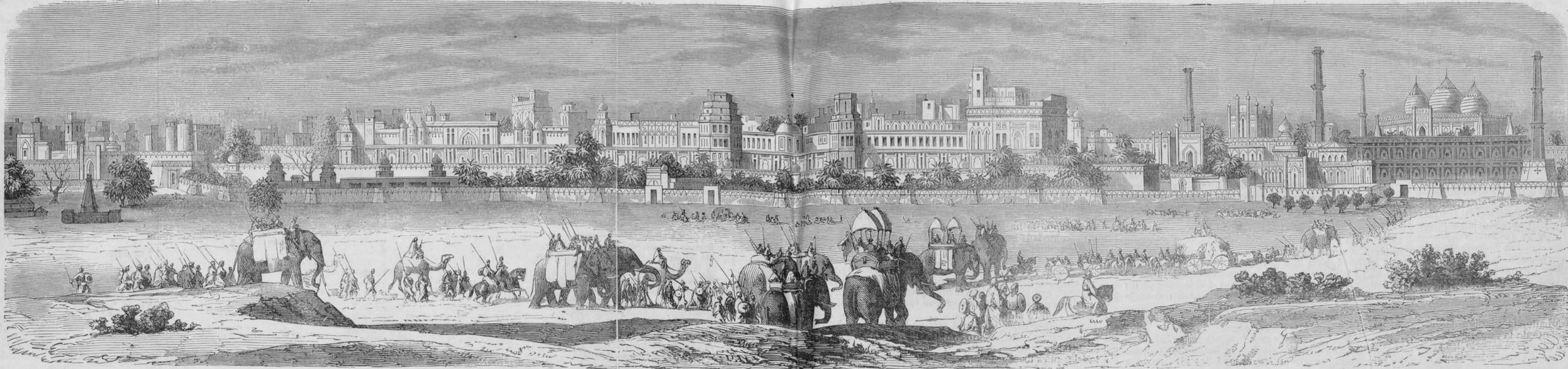
indio y la fotografía, pues los tres han cooperado á su formación. La Europa está en ellas representada por una vista de Lahora; la India por un *natch*, ó baile, por un guerrero mahrato á caballo y por un elefante del rey de Audh, y en fin, la fotografía por una ceremonia del Moharrem y por la entrada de la fortaleza de Agra.

Hé aquí cuatro palabras de explicación casi superflua sobre los asuntos de estos grabados.

No es oro todo lo que reluce, como dice el proverbio, cuya verdad es incontestable en Oriente; la piedra particularmente es fecunda en engaños, y no porque la arquitectura india y musulmana no haya enriquecido al Indostan con un crecido número de monumentos maravillosos, pero estos no siempre se hallan en buen estado de conservación, y para que no se enfríe el entusiasmo preciso es mirarlos de lejos.

Muchas ilusiones se pierden cuando se penetra en esas ciudades de un exterior tan asombroso. Lahora, verbigracia, á pesar de su aspecto magnífico, Lahora, que fué en otro tiempo residencia del gobierno de los Mogoles, y que ha quedado como una de las ciudades mas pobladas de la península india, Lahora no es mas que un conjunto de casas altas que parecen á punto de hundirse bajo el peso de sus balcones y de sus habitantes; sus arcos de triunfo por los que se pasa para ir de un barrio á otro, son de ladrillo y se hallan en un estado de conservación alarmante. El estilo de su arquitectura es morisco indio. El palacio del rey se halla situado en una fortaleza á uno de los extremos de la ciudad.

Agra, que fué la capital del imperio Mogol de 1504 á 1647, y que tomada por los mahratos en 1784 les fué arrebatada por los ingleses en 1803, Agra tambien está ruinosa en parte, y solo conserva algunos vestigios bastante notables de su antiguo esplendor; entre otros es el Tadj-Mahall, ó mausoleo de la emperatriz Nur-Djehan-Beigun, que es uno de los edificios mas hermosos del mundo. Su fortaleza es una de las mas grandiosas de la India. Ocupa un vasto espacio de terreno en las márgenes del Djumna, y en sus muros almenados de grani-



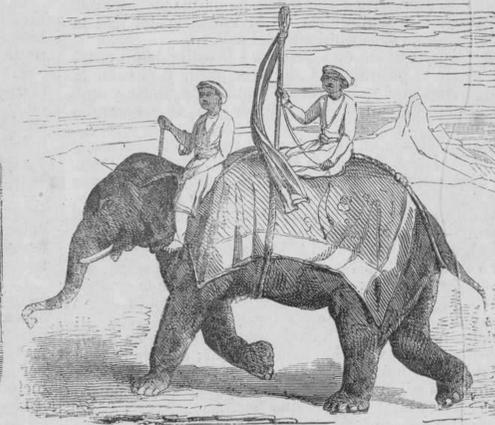
La ciudad de Lahora.



Guerrero mahrato.



La fortaleza de Agra.



Elefante del reino de Uda.

El Moharrem se halla pues consagrado á la memoria de aquel mártir. Dura diez dias cada año, y se celebra con tanta pompa que mas bien parece una fiesta que un luto público. Sobre todo da lugar á un crecido número de procesiones. En Lucknow el quinto dia las banderas que salen en esas procesiones son llevadas para su consagración á un *dargah*, ó capilla célebre de las cercanías donde se supone se conserva el estandarte de Hossein que un milagro descubrió á un creyente piadoso.

Todos los musulmanes de Lucknow ponen un cuidado especial en que sus banderas toquen á la santa reliquia, y las personas ricas mandan las suyas en elefantes rodeados de hombres armados y con música. En algunas de esas procesiones figuran las armas y las vestiduras del mártir, y aun su caballo Dhull-Dhull, muerto con él en la fatal llanura de Kurbelah. El caballo tiene los arcos tintos en sangre y los flancos cubiertos de flechas.

El sétimo dia se celebra con mucha pompa el matrimonio de la hija de Hossein con su primo Cossin, un partidario fiel de la casa de Ali, que murió con su novia el mismo dia de su enlace. Esta procesion se distingue por las bandejas donde se llevan los regalos de bodas y por los palanquines cubiertos donde se supone va la novia con sus mujeres.

Pero todo esto no es nada comparado con el brillo que se despliega el último dia del Moharrem, el dia de los funerales. En esta procesion se reúnen todos los cortejos de los dias anteriores. De tiempo en tiempo la muchedumbre se detiene para escuchar las relaciones, siempre las mismas, de los mollahs ó sacerdotes en honor de todos aquellos mártires, ó para ver la tragedia de su muerte representada por unos jóvenes expertos en la esgrima; entonces los asistentes lanzan gritos de dolor, se dan golpes de pecho, se arrancan el pelo y se cubren de ceniza. Lo mas curioso es que los indios tambien toman parte en estas demostraciones, y á menudo rivalizan en lujo y en dolor con los discipulos de Ali. Muchos de ellos se visten de luto durante los diez dias del Moharrem. Es



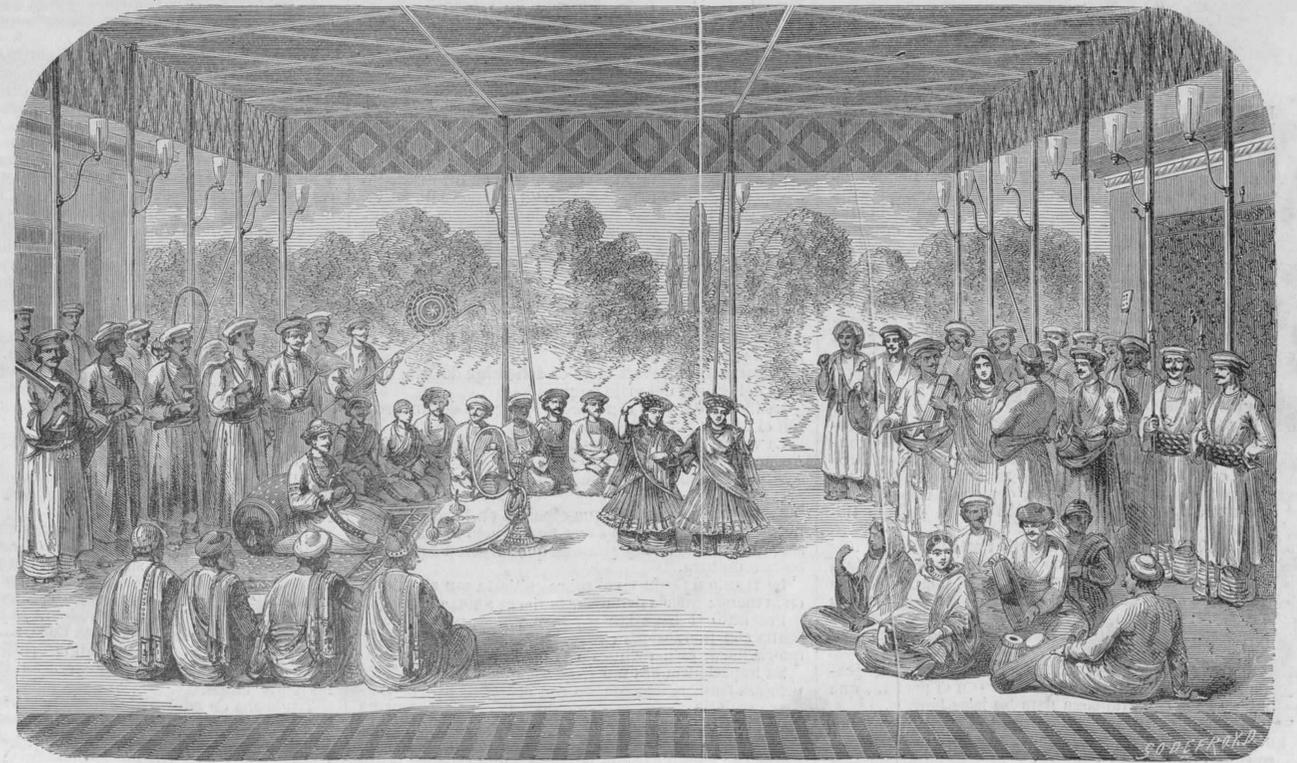
Fiesta del Moharrem.

to rojo se cieva una mezquita. En tanto que la Inglaterra se preguntaba con ansiedad si la celebración del Moharrem no iba á excitar el fanatismo de los musulmanes y á concluir de levantarlos contra su dominacion en la India, la fotografía se hallaba pacíficamente ocupada en reproducir uno de los episodios de esa gran solemnidad, cuyo objeto recordaremos con estos pormenores que tomamos en extracto de la *Historia de la Turquía* por M. de Lamartine.

El Moharrem se instituyó en conmemoracion de la muerte de Hossein, hijo de Ali, el discípulo favorito de Mahoma, y de Fatima su hija. Hossein, que habia levantado contra el califa Yezid, hijo de Moawad, la bandera de Ali que habia abandonado á su hermano primogénito Hassan, fué muerto sobre las fronteras de la Persia en una emboscada que le prepararon los partidarios de Yezid. Este hombre, hallando cerradas las puertas de la ciudad, volvió sobre sus pasos y entró á pasar la noche en su casa situada fuera de la poblacion. Despertó á su mujer que estaba dormida, y la dijo:

— Traigo aquí el presente mas precioso que se haya hecho jamás al califa.  
— ¿Qué es? le preguntó la mujer.  
— La cabeza de Hossein, respondió el guerrero.

La esposa indignada y espantada con el sacrilegio, pensando que Hossein era nieto del profeta, saltó de su cama con horror. El guerrero llamó á otra de sus mujeres; pero esta no pudo dormir un solo instante en el cuarto, deslumbrada, decía ella, por una aureola luminosa que salia de los ojos, de la frente y, de la sangre de Hossein.



Baillarinas indias.

verdad que los musulmanes les devuelven el obsequio cuando llega el hooli, que es su carnaval, y que toman parte en estos regocijos sin preguntarse lo que significan.

La ceremonia se termina con el entierro de los muchos cenotafios que los creyentes envían á esas procesiones, y que se depositan en un terreno generalmente reservado para ese fin. En los países ribereños del Ganges y del Djemma los arrojan á las aguas santas de esos ríos.

La danza para los asiáticos no es mas que un goce de la vista; no toman parte activa, y pagan bailarinas para que les procuren ese placer de que son muy ávidos. Hé aquí la descripción de uno de estos *natch* que hallamos en una obrita titulada la *India contemporánea* por M. F. de Lanoye:

« Cuando entramos, dice el autor, vimos un corro en medio del cual habia unas bailarinas con vestidos de gasa color de rosa, lila, cereza ó blanco, con estampados de oro y plata, y cuyo corte data de los siglos de Sita y de Savitri. Cargadas de anillos y de cadenas en sus pies descalzos, aquellas graciosas criaturas producian al pegar en el suelo con sus pies, como un ruido argentino de espuelas. El compás de su baile es tan distinto de todo cuanto habia yo visto hasta entonces, tiene tanta originalidad, los cantos con que se acompañan son tan melancólicos, sus movimientos tan suaves, tan voluptuosos, y tan vivos á veces, y por último la música es tan discordante, que nadie podria formarse una idea de tal espectáculo.

« Cuando se piensa que ese baile, de una significacion desconocida, data probablemente de la antigüedad mas remota, y que esas jóvenes repiten, sin saberlo, las pantomimas que sus antepasados ejecutaban hace mas de tres mil años ante los jefes divinizados de sus abuelos, se pierde uno en profundas meditaciones sobre los misterios de esa India maravillosa.

« Nunca he visto en Europa bailarinas de profesion con mas decencia que aquellas en sus trajes y en sus actitudes. Pero los dueños actuales del pais aprecian poco esas cosas, y el fin de esas danzas místicas fué bruscamente turbado por unos jóvenes ingleses que sin consideracion por el dueño de la casa quisieron arrastrar á las bailarinas indias en el torbellino de un wals prosaico. Ellas se espantaron tanto con la broma, que se arrojaron al suelo llorando, y persistieron en querer retirarse. »

Si no estamos mal informados los Radjputes fueron los primeros que adoptaron esa manera de dividir la barba en dos partes haciéndola subir hácia los oídos. Los mahratos han sido los imitadores de esa moda. Todos llevan tambien el mismo turbante; solo que unos le inclinan á la derecha y otros á la izquierda.

En cuanto al otro dibujo indígena nada tenemos que decir, sino es que los elefantes del rey de Audh eran muy numerosos, y que la mano extendida que corona la bandera es por sus cinco dedos el emblema de los cinco personajes sagrados de la familia del profeta.

L. de W.

## EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuacion.)

El duque comió con el apetito voraz de un loco. Después de haberse saciado, sus ideas se pusieron mas claras. Contó al baron la pasion insensata que le poseia hacia medio año, y le explicó cómo se habia despojado de todo en favor de la Chermidy.

El baron era un hombre excelente, y con honda tristeza vino á saber que aquella casa que se habia levantado en algunos meses, se hallaba mas hundida que nunca. Se compadeció sobre todo de la duquesa que debia infaliblemente sucumbir á tantos dolores.

Entonces tomó á su cargo el cuidado de anunciar poco á poco á la duquesa la enfermedad y la muerte de Eulalia; impuso sus cuidados al viejo duque y se consagró á mejorar su entendimiento debilitado. Le tranquilizó sobre las resultas de su loca generosidad; era evidente que el conde de Villanera no dejaria en la miseria á su padre político. A beneficio de las confesiones y las reticencias del anciano pudo estudiar el carácter singular de la Chermidy.

La autoridad de un espíritu sano es omnipotente sobre un cerebro enfermo. Al cabo de dos horas de conversacion el duque de la Torre de Embleuse desahogó el caos de sus ideas, lloró la muerte de su hija, temió por la salud de su mujer, deploró las majaderías que habia hecho y conoció quién era la dichosa Honorina.

Su amigo le llevó mas tranquilo hasta la puerta.

Al otro dia muy temprano el baron hizo una visita á la duquesa. Detuvo en el umbral de la puerta al viejo duque que queria salir y le obligó á entrar con él; no le dejó durante tres dias; le llevó á paseos y diversiones, y consiguió distraerle del único pensamiento que le agitaba.

El 16 de setiembre le acompañó á casa de la implacable Honorina, y le probó, hablando con el portero, que habia salido con Francisca para las islas Jónicas.

El duque no se conmovió con esta noticia lo que era de esperar. Vivió apaciblemente encerrado en su casa, se ocupó mucho de su mujer, y la demostró, con una delicadeza extraordinaria, que Eulalia no habia mejo-

rado de veras, y que era preciso ponerse en el último caso. Se interesó en los menores detalles del hogar doméstico, reconoció la necesidad de hacer algunas compras, tomó dos mil francos prestados á su amigo Sanglié, y salió para Corfu el 20 de setiembre por la mañana sin despedirse de nadie.

## XII.

### LA GUERRA.

El 8 de setiembre Eulalia que estaba condenada sin remedio, engañó los temores de sus médicos y de sus amigos, y entró en convalecencia.

La fiebre que la devoraba calmó en algunas horas como esas grandes tempestades de los trópicos que arrancan los árboles, destruyen las casas, conmueven los montes, y que un rayo de sol detiene en medio de su carrera.

Aquella feliz revolucion se operó tan de repente que ni el conde ni la condesa viuda podian creer en aquel milagro. Aunque el hombre se acostumbra mas pronto á la felicidad que á la pena, sus corazones permanecieron algunos dias en suspenso. Temian ser víctimas de una alegría falsa; no se atrevian á felicitar por un acontecimiento tan inesperado; se preguntaban si aquella apariencia de curacion no era el supremo esfuerzo de un ser que pugna por adherirse á la vida, el último resplandor de una luz que se apaga.

Pero los dos facultativos reconocieron por señales inequívocas que los males de Eulalia habian terminado. La inflamacion reparó en ocho dias todos los destrozos de una enfermedad larga, la crisis la salvó, el terremoto habia vuelto á colocar la casa sobre su base.

A ella la parecia muy natural aquel prodigio.

Gracias al delirio de la fiebre habia pasado cerca de la muerte sin distinguirla, y la violencia del mal la habia quitado el sentimiento del peligro.

Se despertó como una criatura á la orilla de un pozo, sin medir la profundidad del precipicio, y cuando la anunciaron que habia estado á punto de morir y que sus amigos habian desesperado de ella, se sorprendió altamente.

Sin embargo, en poco tiempo reparó sus fuerzas y pronto volvió á florecer la salud en sus mejillas. Parecia que la naturaleza se apresuraba á engalanarla para que fuera dichosa. Entró en posesion de la vida con el júbilo imperioso de un pretendiente que sube de un salto al trono de sus padres.

Habria querido estar en todas partes á un tiempo, gozar á la vez de todos los placeres que se la ofrecian, del movimiento y del reposo, de la soledad y de la compañía de sus amigos, de la claridad deslumbradora de los dias y del suave esplendor de las noches. Prodigaba mil caricias á su marido, á la condesa viuda y á su niño; necesitaba dar expansion á su felicidad; á veces lloraba sin saber porqué, pero sus lágrimas eran muy dulces. El niño las bebia al borde de sus ojos como un pájaro bebe el rocío en el cáliz de una flor.

Para un convaleciente todo es grato; las funciones mas indiferentes de la vida son como una fuente de goces inefables para la persona que ha estado á las puertas del sepulcro. Todos sus sentidos vibran deliciosamente al menor contacto del mundo exterior. El calor del sol le parece mas suave que un manto de armiño; la luz regocija sus ojos como una caricia; el perfume de las flores le embriaga; los ruidos de la naturaleza llegan á sus oídos como una melodía divina.

Los que habian participado de los padecimientos de Eulalia se sentian renacer con ella. Ya no habia en su derredor mas que frentes serenas, y el júbilo hacia latir todos los corazones.

Se olvidaron las angustias pasadas y en un momento desaparecieron en todos los rostros las señales de las vigiliias y de las fatigas. Ninguno de los amigos de Eulalia pensaba en salir de la villa Dandolo; se creian todos de la casa. Unidos por el contento como lo habian estado por la inquietud, rodeaban á Eulalia con una solicitud de padres y de hermanos.

El dia que escribieron á la duquesa de la Torre de Embleuse anunciándole la salvacion de su hija, cada cual quiso decir una palabra á la buena madre, y la pluma pasó de mano en mano.

La carta llegó á Paris el 22 de setiembre dos dias después del eclipse del viejo duque.

La Chermidy y su compañera Francisca desembarcaron el 24 por la tarde en Corfu.

La viuda habia hecho sus preparativos muy de prisa. Apenas habia tenido tiempo para reunir cien mil francos que destinaba al pago de Mantoux y á los gastos imprevistos.

Francisca la aconsejó que esperase en Paris noticias mas seguras; pero se cree con tanto gusto lo que se desea, que la Chermidy pensaba que la joven estaba ya en la sepultura.

De Trieste á Corfu vivió sobre cubierta con el antejo en la mano; queria descubrir la tierra antes que nadie.

Preguntó si llegarían por la mañana, porque no se sentia con fuerzas para pasar una noche esperando, y queria llegar en derecha á la habitacion del conde.

Su impaciencia era tan evidente que los pasajeros de primera clase la designaban con el nombre de la heredera; se decia en voz baja que iba á Corfu á recoger una sucesion cuantiosa.

El mar estuvo alborotado durante dos dias, y todo el mundo se mareó excepto la heredera de Eulalia; quizá sus piés no tocaban al tablado del buque, se hallaba tan

ligera que volaba en vez de andar: cuando se durmió por casualidad, soñó que nadaba en el aire.

El buque fondeó en el puerto cuando habia cerrado la noche, y ya eran mas de las nueve cuando se efectuó el desembarco.

La vista de unas lucecitas diseminadas que brillaban aquí y allá por la poblacion, produjo un efecto desagradable en la Chermidy.

Cuando se toca al término de un viaje, la esperanza que hasta entonces nos habia sostenido en sus alas, nos viene á faltar de súbito y caemos duramente en la realidad. Lo que nos parecia mas seguro se cubre de dudas; ya no contamos con nada, y principiamos á temerle todo. El frio nos sobrecoje, sea cual fuere el ardor de las pasiones que nos animen; y estas impresiones son tanto mas penosas cuanto que ya no estamos solos y llegamos á un pais que no conocemos. Cuando nadie nos espera en la playa y la embarcacion nos deja en manos de esos bribones políglotas que zumban en derredor de los viajeros, nuestro primer sentimiento es una mezcla de despecho, de hastío y de duda. La Chermidy entró muy incomodada en la fonda de Trafalgar.

Allí se prometia saber la muerte de Eulalia; pero supo ante todo que la lengua francesa no era muy conocida en las fondas de Corfu. La Chermidy y Francisca no poseian entre las dos mas que una lengua extranjera, el provenzal, que les debia servir muy poco en aquel pais, de modo que tuvieron que esperar la llegada de un intérprete y entre tanto cenaron.

El intérprete llegó cuando el amo de la fonda estaba ya en la cama, y se levantó murmurando. No conocia á los Villanera; estas personas no habian podido venir á la isla, pues todos los viajeros de distincion se apeaban en su casa. Las fondas de Inglaterra y de Albion eran establecimientos de último orden indignos de hospedar á aquellos señores.

El fondista se volvió á acostar después de haber pronunciado este discurso, y el intérprete ofreció correr en busca de noticias. Permaneció ausente una parte de la noche.

Francisca se durmió esperándole; la Chermidy tascó el freno y se sorprendió de que una persona que tenia en la mano cien mil francos no pudiese comprar una simple noticia.

Despertó á su criada y compañera que estaba rendida, y esta la aconsejó que se durmiera en vez de revolverse la sangre.

— Ya comprendes, la dijo, que si la muchacha está en el otro mundo no por eso habrán colgado de negro la ciudad. Mañana será de dia y lo sabremos todo; ¿qué le hace? Seguro que si ha muerto no resucitará esta noche.

La Chermidy iba á seguir el consejo de su prima cuando el mozo entró diciendo que los Villanera habian desembarcado en la isla en el mes de abril con su médico y su servidumbre; que todos estaban enfermos, que los habian llevado á la villa Dandolo, y que debian haber muerto hacia mucho tiempo, si es que no estaban mejor.

La viuda impaciente despidió al noticiero, se arrojó en su cama y durmió muy mal.

Al otro dia alquiló un carruaje y se hizo llevar á la villa Dandolo.

El cochero no supo decirle lo que la interesaba, y los aldeanos que encontraba á su paso oyeron sus preguntas sin comprenderlas.

Tomó todas las casas del camino por la villa Dandolo, pues todas las casas se parecen un poco en la isla.

Cuando el cochero la señaló un tejado de pizarras oculto entre los árboles, se contuvo el corazón con las dos manos. Consultaba atentamente la fisonomía del pais como queriendo descubrir en ella la noticia que anhelaba saber. Desgraciadamente los jardines, los caminos y los bosques son testigos impasibles de nuestros placeres y nuestras penas. Si se interesan en nuestra suerte lo disimulan muy bien, pues los árboles del parque no se cubren de luto á la muerte de su dueño.

La Chermidy se quejaba del paso lento de los caballos. Habria querido subir al galope la vuelta que conducia á la villa. Se asomaba por las portezuelas, interrogaba la casa y los campos y trataba de descubrir una fisonomía humana.

Por fin se apeó, corrió á la casa, encontró todas las puertas de par en par y no vió á nadie. Retrocedió y recorrió el jardín del Norte; estaba desierto. Una puercecilla y una escalera muy pendiente conducian al jardín del Mediodia; bajó la escalera y se aventuró en el huerto.

A la sombra de un naranjo por el lado de la playa distinguió una mujer vestida de blanco que se paseaba con un libro en la mano; se hallaba demasiado lejos para que pudiera descubrir su rostro, pero la dió en que pensar el color de su vestido.

Nadie se viste de blanco en una casa enlutada. Todas las observaciones que habia recogido durante cinco minutos se combatian en su mente. El abandono casi absoluto de la villa podia hacerla creer en la muerte de Eulalia. Las puertas abiertas, los criados ausentes, los años fuera... ¿A dónde habian ido?... ¿A Paris quizá?... ¿Pero cómo no se sabia nada en Corfu?... ¿Eulalia habia sanado?... Era imposible en tan poco tiempo. ¿Estaba enferma todavía?... Entonces no habrian dejado las puertas abiertas.

Titubeaba en adelantarse hácia la persona del vestido blanco cuando un niño á través sonriendo á poca distancia y se metió entre los árboles. La Chermidy reconoció á su hijo y recobró su audacia.

— ¿Qué temo? exclamó; nadie tiene derecho para

arrojarme de aquí; que viva ó que muera soy madre y vengo á ver á mi hijo.

Y fue derecha al niño. Este tuvo miedo cuando descubrió á aquella mujer vestida de luto y corrió gritando hácia su madre.

La Chermidy dió algunos pasos detrás de él y se detuvo de repente en presencia de Eulalia.

Eulalia estaba sola en el jardín con el niño.

Todos sus amigos acababan de despedirse de ella; la condesa viuda y el conde habían ido á acompañar á la señora de Vitre; el doctor se fue á la ciudad con los Dandolo y Delviniotis.

La casa estaba entregada á los criados y estos dormían la siesta segun el uso, allí donde les habia cogido el sueño.

La Chermidy reconoció á la primera ojeada á la mujer que habia visto otra vez y que no pensaba ver mas en este mundo.

Por resuelta que fuese, y aunque la naturaleza la habia dotado de un alma templada, retrocedió como un soldado que ve saltar el puente donde iba á poner la planta.

No era mujer que se forjaba ilusiones; juzgó su posición y corrió de un salto hasta las últimas consecuencias.

Vió á su rival sana y restablecida, á su amante confiscado, á su hijo en manos de otra, vió su porvenir perdido. El golpe fué terrible.

El odio que alimentaba contra Eulalia desde el día en que habia comenzado á temerla, se elevó súbitamente á proporciones colosales como esos árboles de teatro que el tramoyista hace salir del suelo y volar hasta las bambalinas.

La primera idea que atravesó su mente fué la idea de un crimen. Sus músculos se estremecieron por una fuerza centuplicada por la rabia. Se preguntó porqué no deshacia con sus propias manos el miserable obstáculo que la separaba de la felicidad. Se arrepintió de haber olvidado en la fonda de Trafalgar un puñal corso, joya terrible que dejaba en todas partes sobre su chinenea. La hoja era azul, larga y flexible, el puño de ébano incrustado de plata y la vaina de platina labrada. Con el pensamiento tomó el arma familiar que acarició con la imaginación, y luego fijó la vista en el mar que llegaba blandamente á la orilla del jardín. Nada era mas fácil que llevar á Eulalia en sus brazos como el águila arrebatada un cordero, tenderla bajo tres piés de agua, sofocar sus gritos bajo las olas y comprimir sus esfuerzos hasta el momento en que una convulsión final concluyera con su vida.

Felizmente la distancia es mas larga entre el pensamiento y la acción que entre el brazo y la cabeza. Además el niño estaba allí, y su presencia salvó quizá la vida de Eulalia.

Mas de una vez ha bastado la mirada límpida de una criatura para paralizar una mano criminal; los seres mas perversos experimentan un respeto involuntario ante esa edad sagrada y mas augusta aun que la vejez. La vejez es como un agua en reposo que ha dejado caer en su fondo todas las impurezas de la vida; la infancia es un manantial que surge del monte: la agitan sin enturbiarla porque se halla pura hasta el fondo. Los ancianos poseen la ciencia del bien y del mal; la ignorancia de los niños es como la nieve sin mancha.

La Chermidy concibió y rechazó la idea de un crimen cerrando su sombrilla y saludando á Eulalia que no la conocia.

Eulalia la recibió con esa gracia y esa cordialidad propia de los dichosos de este mundo. La visita de una desconocida no podia sorprenderla, pues diariamente se presentaban en su casa algunas buenas gentes de la vecindad que se habian interesado por ella.

La viuda entró en conversacion tartamudeando.

— No me esperabais, — la dijo; ni yo tampoco esperaba... Si hubiera podido saber... Llego de Paris y vuestro padre el duque de la Torre de Embleuse, que me honra con su amistad...

— ¿Conoceis á mi padre? interrumpió la jóven con presteza.

— Sí...

— ¿Le habeis visto hace poco?

— Hace ocho dias.

— ¡Ah! permitidme que os dé un abrazo. ¡Padre querido! ¿Y cómo está? No nos escribe con frecuencia. ¿Y mi madre?

La Chermidy se mordió los labios.

— No esperaba yo, repuso sin contestar, no esperaba hallaros con tan buena salud. La última carta que el señor duque recibió no daba muchas esperanzas.

— Sí, tuve una recaída terrible, pero Dios no ha querido llamarme aun. Sentaos á mi lado: á estas horas mi padre y mi madre estarán sin inquietud. ¡Oh! Ahora sí que estoy buena; se debe conocer en mi cara ¿no es verdad? Miradme bien.

— Sí señora, despues de lo que nos han dicho en Paris es un milagro.

— ¡Un milagro de la amistad y del amor; mi madre la condesa es tan buena, mi marido me ama tanto!

— ¡Ah!... ¡Qué bonito niño juega por ahí!... ¿Es hijo vuestro?

Eulalia se levantó de su banco, miró la viuda, y retrocedió espantada como si la hubiera picado una víbora.

— ¿Sois la Chermidy? exclamó.

Esta se levantó igualmente y se fue derecha á la jóven con aire terrible.

— Sí, la contestó, soy la madre del niño, y ante Dios soy la mujer del conde. ¿En qué me habeis reconocido?

— En el tono con que habeis hablado de la criatura.

Estas palabras fueron dichas con una dulzura tal que la Chermidy se quedó sobrecogida al impulso de un sentimiento extraño. La ira, la sorpresa y todas las emociones que la sofocaban se abrieron paso en un vasto sollozo, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Eulalia ignoraba que se lloraba de rabia; se compadeció de su enemiga y la dijo sencillamente:

— ¡Pobre mujer!

Las dos lágrimas se secaron instantáneamente como las gotas de lluvia que caen en un cráter.

— ¡Pobre mujer! ¡yo! repuso la Chermidy con amargura; sí, soy digna de lástima, porque he sido engañada, porque han abusado de mi buena fe, porque el cielo y la tierra han conspirado contra mí, porque me han robado un nombre, una fortuna, el hombre á quien amo y el hijo de mis entrañas.

Eulalia se espantó con aquella explosion de ira, volvió los ojos hácia la casa como pidiendo auxilio y dijo con voz trémula:

— Si para eso habeis venido á mi casa...

— ¡A vuestra casa! ¡Vais á llamar á los criados para arrojarlos de vuestra casa!... Esto me gusta. No teneis nada que no sea mio; vuestro marido, vuestro hijo, vuestra fortuna y hasta el aire que respirais, todo proviene de mí, todo me pertenece, todo es un depósito que os he confiado y es una deuda que nunca me reembolsareis. Vegetábais en Paris dentro de un lecho miserable; los médicos os condenaban á muerte, me habian prometido que no tendrais tres meses de vida, vuestro padre y vuestra madre estaban á punto de morir de hambre; sin mi familia de los duques de la Torre de Embleuse seria un monton de polvo en la zanja comun del cementerio. Os lo he dado todo; padre, madre, marido, hijo y la vida, ¡y os atreveis á decirme que estoy en vuestra casa!... ¡Preciso es que vuestra ingratitud sea bien grande!

Difícil era responder á esta elocuencia terrible. Eulalia se cruzó las manos sobre el pecho y dijo:

— ¡Dios mio! por mas que interrogo mi conciencia, no me hallo culpable de nada si no es de haber curado. No he contraído ningun compromiso con vos puesto que os veo por primera vez. Es verdad que sin vos habria muerto hace tiempo, pero si me habeis salvado ha sido sin querer, y la prueba es que os hace daño el aire que respiro. ¿Sois vos quien me dió por mujer al conde de Villanera? quizá; pero si me habeis elegido es porque me creiais condenada sin remedio. Así no os debo ninguna gratitud. Sin embargo, ¿qué puedo hacer que os agrade? Estoy dispuesta á todo excepto á morir.

— No os pido nada; no quiero ni espero nada.

— ¿Entonces á qué habeis venido aquí?... ¿Me habeis creído enferma y contábais hallarme difunta?

— Tenia derecho para eso; pero habria debido tomar informes sobre vuestra familia; los La Torre de Embleuse no acostumbran á pagar sus deudas.

Eulalia perdió la serenidad al oír este insulto grosero.

— Estais viendo, la dijo, que disfruto de buena salud; puesto que habeis venido para enterrarme, vuestro viaje está terminado, nada teneis que hacer aquí.

La viuda se instaló descaradamente en el banco de piedra diciendo:

— No marcharé sin haber visto al conde.

— No le vereis, exclamó la convealiente; no le vereis, no quiero yo que él os vea. Oídme con atencion; estoy débil aun, pero hallaré la fuerza de una leona para defenderme. Y no es porque dude del conde que me ama como una hermana y que pronto me amará como á una esposa, pero no quiero que se desgarré su corazón entre el pasado y el porvenir. Seria odioso condenarle á elegir entre nosotras; además ya veis que su eleccion está hecha puesto que no os escribe.

— ¡Pobre criatura! ¿qué sabes tú del amor, si le has aprendido entre medicamentos? ¡No sabes el imperio que nosotras tomamos sobre un hombre á fuerza de hacerle dichoso; no has visto los hilos de oro, mas finos y tupidos que los de la araña, que tejemos en torno de su corazón! No pienses que he venido aquí sin armas para declararos la guerra; traigo conmigo el recuerdo de tres años de pasión satisfecha, pero nunca saciada. ¿Y quieres oponer á esto tus besos fraternales, tus caricias de colegiala? ¿Piensas quizá haber apagado el fuego que yo alimento?... ¡Deja que sople un poco y verás un incendio!...

— No le hablareis; si fuera bastante débil para consentir en esa entrevista fatal, su madre y yo sabríamos impedirlo.

— ¡Bastante me importa á mí su madre!... Yo tengo derechos sobre él y los haré valer.

— Ignoro qué derechos puede tener una mujer que se ha conducido como vos, pero sé que la iglesia y la ley me dan á mí los míos.

— Oídme; os abandono la libre disposicion de todos los bienes que poseeis. Vivid, sed rica y dichosa; haced la felicidad de vuestra familia, pero dejadme al conde; para vos no es nada aun, me lo habeis confesado; no es vuestro marido, no es mas que vuestro médico, vuestro enfermero, el practicante del doctor Le Bris.

— Es todo para mí, pues que le amo.

— Muy bien; entonces cambiaremos de nota. Devolvedme mi hijo puesto que es mio, que me pertenece; cuando os le cedí fué con condiciones; y como no habeis cumplido vuestro compromiso, tampoco debo cumplir yo los que contraje.

— Si amais al niño, respondió Eulalia, no pensareis en despojarle de su nombre y su fortuna.

— ¿Qué importa? Le amo para mí, como todas las

madres; prefiero tener á mi lado un bastardo que oír á un marqués llamaros mamá!

— Sí, dijo Eulalia, que el niño era vuestro, pero me le habeis entregado, y ni vos podeis reclamarle, ni yo puedo devolvérselo.

— Apelaré á la justicia y descubriré el misterio de su nacimiento. Ya nada tengo que temer, mi marido está enterrado.

— Perdereis el pleito.

— Pero ganaré un buen escándalo. ¡Ah! con que deseais conservar la honra del nombre de los Villanera. Pues ya vereis como yo lo arreglo... ¡Le arrastraré por los tribunales de Paris, haré que se imprima en todos los periódicos, y si pierdo mi pleito, en cambio todos los Villanera futuros quedarán deshonorados!...

(Se continuará.)

### Los pozos del Ued-Rir.

Bajo el meridiano de Constantina la superficie del Sahara presenta una vasta depresion cuyo fondo se extiende de la falda de las montañas tuaregas á la base del Aures. En la parte mas deprimida de ese espacio muchos puntos están á 21 y 22 metros bajo el nivel del mar.

Al thalweg de este espacio corresponde interiormente á una profundidad mas ó menos grande una corriente de agua límpida y muy buena, tan considerable que no hay que temer se agote. Este rio subterráneo tiene por límites extremos en el Sah'ara, Uargia, al Sur, y Nzira al Norte, ó sea una longitud de 250 kilómetros. Como su anchura puede ser de 15 á 20 kilómetros, la zona donde se encuentra debe tener una superficie de 500,000 hectáreas.

Hace tiempo que los hombres que habitan en ese valle pensaron en elevar á la superficie las aguas subterráneas. Guiados por indicios naturales interrogaron la tierra y encontraron agua. Desgraciadamente los medios que empleaban los árabes eran groseros é insuficientes, y así se explica porqué hay tan corto número de pozos todos tan poco profundos, y porqué se encuentran en mal estado. Esto exigia un remedio pronto, y el gobierno ha sabido realizar los deseos de los habitantes.

El *Monitor argelino* contiene en uno de sus últimos números un informe del señor general Desvaux, comandante superior de Bat'na, sobre el conjunto de los trabajos de las perforaciones artesianas ejecutadas en 1856 y 1857 en el Sah'ara argelino. En este documento se reasumen de un modo muy conciso y muy claro los resultados obtenidos, debidos sobre todo á la inteligente iniciativa del comandante de Bat'na.

En junio del año último penetró por primera vez la sonda artesiana en la tierra sahariana é hizo saltar el agua á la superficie. Grande fué la alegría de los árabes cuando supieron lo acaecido; de todos los puntos del Ued-Rir corrieron á Tamerna, teatro del milagro.

Desde entonces Tamerna, que era un ksar sin importancia, ve crecer su poblacion y extenderse su cultivo. Los morabitos han llamado el pozo de Tamerna *fuenta de la Paz*, con mucha razon, pues el medio de pacificar un pais conquistado es proporcionar ventajas al vencido. Esto se desprende del informe del general Desvaux; así el buen éxito obtenido en Tamerna le ha inspirado el deseo de hacer otras experiencias, y en breve Temacin ha tenido igualmente su pozo artesiano.

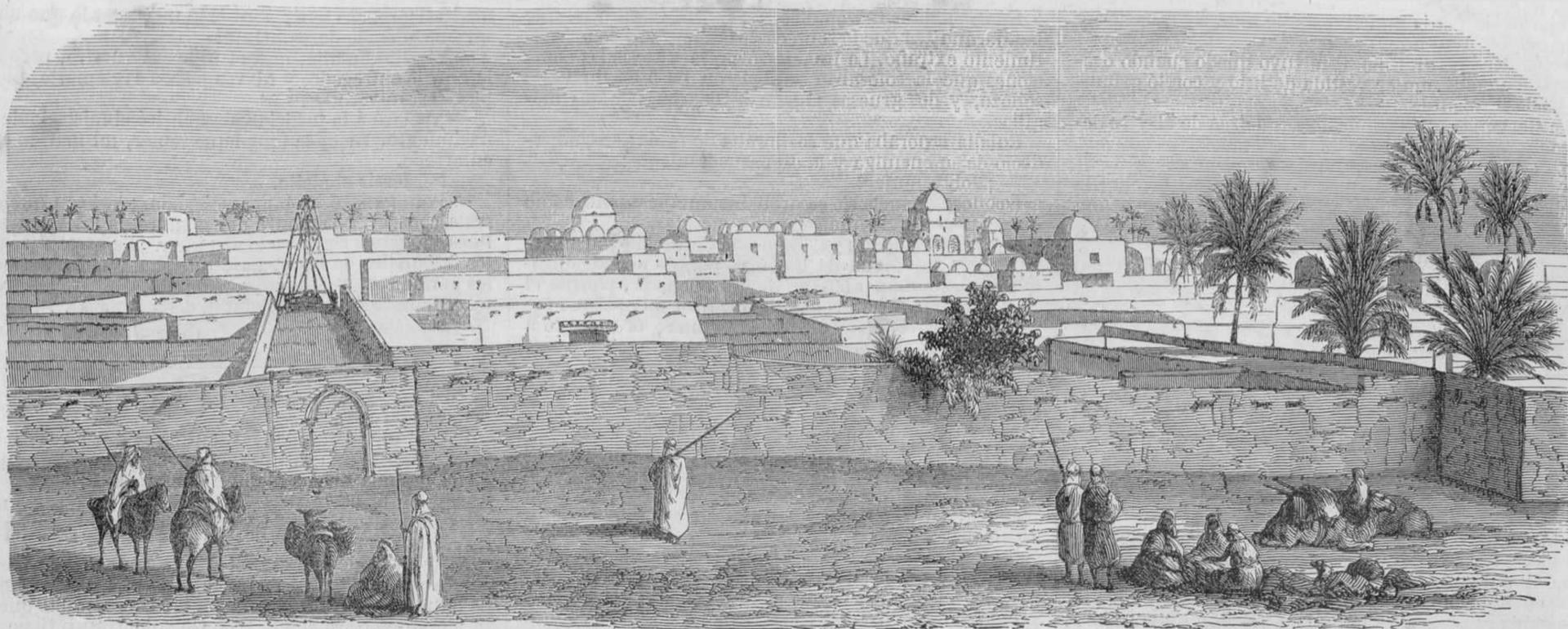
Temacin es despues de Tugurt el ksar mas importante del Ued-Rir. Es uno de los mercados donde se cambian los productos del Sur por los del Tell. En Temacin se nota una mezquita que segun el iman El-Aiachi data del año 817 de la egira, esto es, del año 1414 de nuestra era. Su minarete tiene ochenta y cuatro escalones. Temacin está á tres ó cuatro leguas Sudoeste de Tugurt, que se encuentra á cuarenta y siete leguas Sur de Biskara. En 1849, M. Prax calculaba la poblacion de Temacin en 3,000 almas. Gracias al agua que se ha encontrado, se aumentará su prosperidad.

El pozo de Temacin ha sido llamado *Fuente de la bendicion*; da treinta y cinco litros de agua por minuto. Otra perforacion emprendida á 2 kilómetros de distancia, en Tamelhat, ha dado resultados no menos satisfactorios.

Los habitantes de Temacin manifestaron una viva gratitud al destacamento de soldados que abrieron los pozos; los árabes de Sidi-Rached se trasportaron de alegría á la vista del agua. En Sidi-Rached las huertas estaban sin cultivo, las palmeras morian por falta de riego. Cuando los gritos de los soldados que abrian el pozo anunciaron la llegada del agua, todos los indigenas corrieron á ver el precioso líquido. El chikh de Sidi-Rached se arrojó confundiendo en sus bendiciones á Dios y á los franceses. El pozo de Sidi-Rached da 4,000 litros de agua por minuto; de modo que será posible regar, y los cultivos tomarán la extension que hoy no tienen. Este pozo ha sido llamado *Fuente de la gratitud*.

Otros dos pozos mas se han abierto despues, uno en Um-Thiur y otro en Chegga. En esos dos puntos se agrupan poblaciones hasta hoy nómadas, y en breve serán dos centros agrícolas importantes.

Vemos pues, que el descubrimiento del agua tiende á transformar completamente las costumbres de las poblaciones del Ued-Rir. Esto prueba bien claro que su precio tradicional por los cultivos permanentes del Tell se parece al desden del zorro de la fábula; con haber abierto algunos pozos se ha vencido completamente. Hoy es seguro que en todas partes donde se halle agua los nómadas se considerarán muy dichosos de poder procurarse una vida quieta. Por desgracia no parece probable



El pueblo de Tenacin, en la provincia de Constantina, y su pozo en construccion.

que puedan abrirse pozos en toda la extension del S'ha'ra argelino. El rio subterraneo que existe en el Ued-Rir es un fenómeno excepcional que quizás no se reproduce en otra parte. Así pues, hay que contentarse por ahora con trabajar sobre una superficie de 50,000 hectáreas, espacio que constituye la 60ª parte del Sahara argelino.

Mas si la perforacion de pozos no es practicable en todos los puntos, no es esta una razon para renunciar á dar agua á las demás partes del S'ha'ra. Las lluvias sin ser tan abundantes en esta region como en el Tell, caen sin embargo en gran cantidad. Desgraciadamente el agua de lluvia se pierde completamente porque no se toma ninguna precaucion para recogerla.

Seria preciso ocuparse en hacer lo que los árabes no han he-



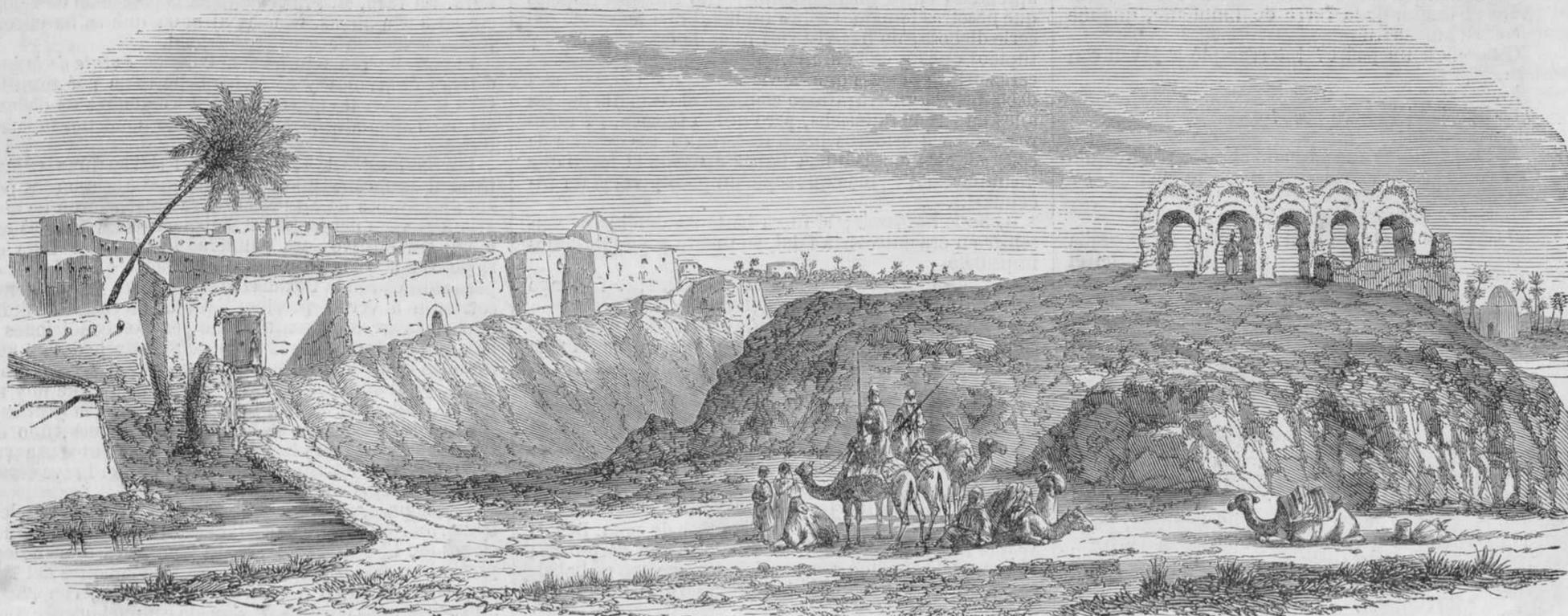
Pozo artesiano de Tamerna.

cho; construir atajos por todas partes donde se encuentra un arroyuelo de agua, y abrir depósitos; esto no ocasionará grandes gastos, y dará resultados muy fecundos.

Ya en Laghuat el señor comandante Marguerite ha hecho ejecutar obras importantes para la conduccion de las aguas. No describiremos aqui estos trabajos, pero si presentaremos el resultado de ellos: El círculo de Laghuat habia visto obligado hasta el dia á pedir al Tell el trigo que no podia producir por falta de agua; el año último no solo el círculo de Laghuat no compró trigo al Tell, sino que comenzó á vendersele.

De este modo, sea abriendo pozos en la region donde puedan abrirse, sea imitando lo que se ha hecho en Laghuat, se puede proporcionar agua al país de la sed.

C. D.

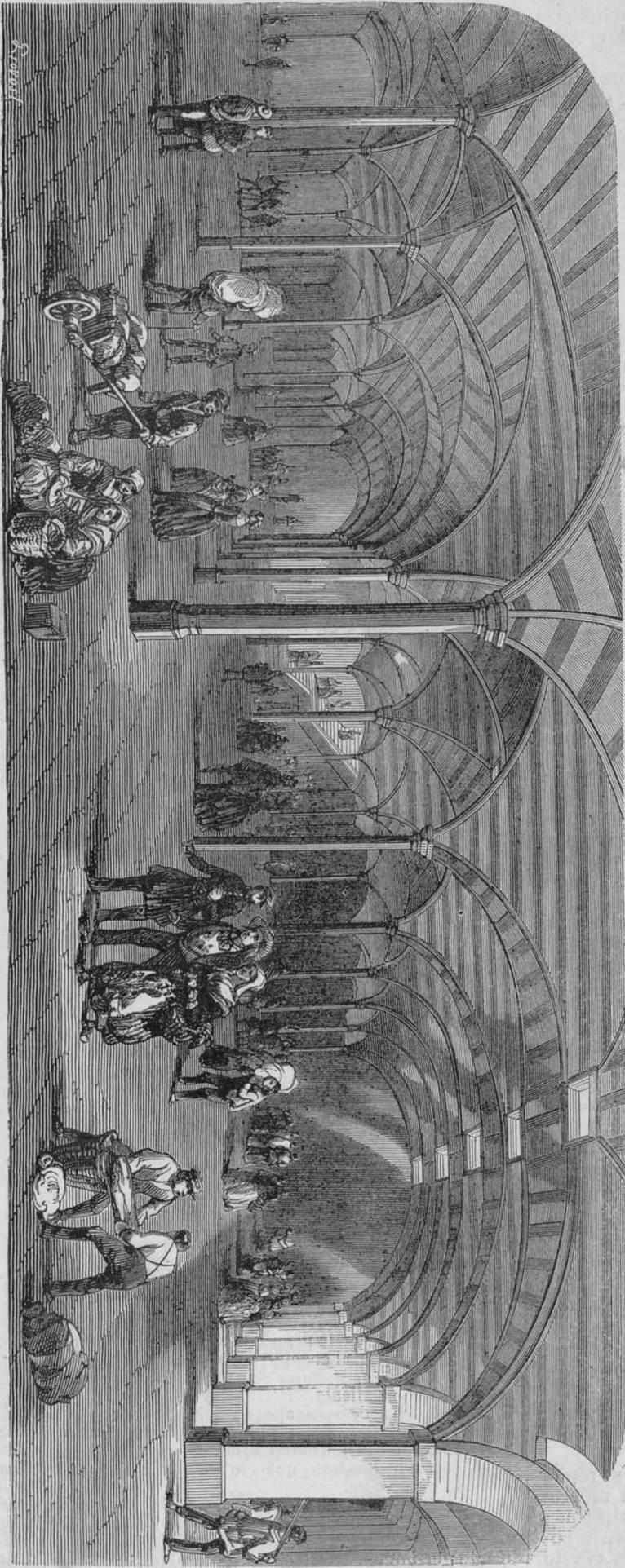


El pueblo de Tamerna Gueddina, en la provincia de Constantina.

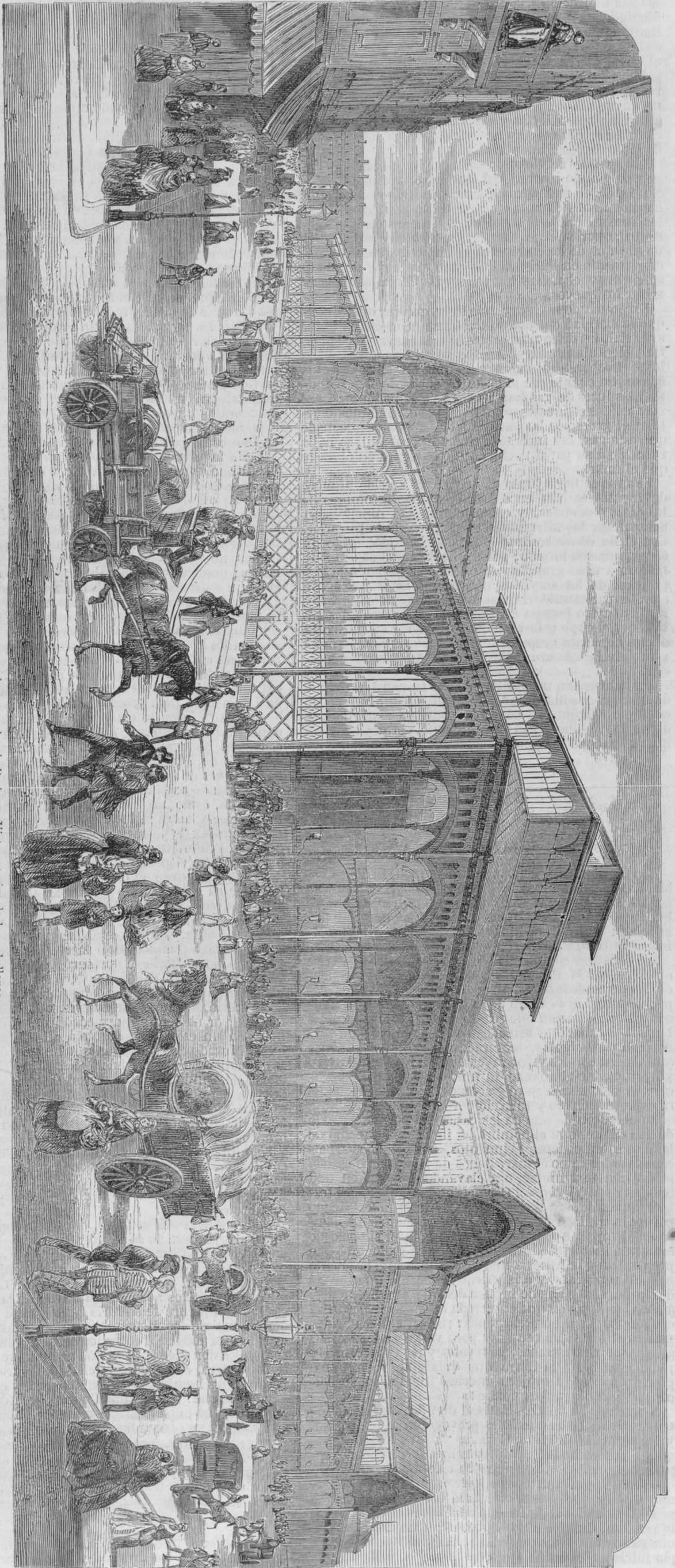
**Los mercados centrales de Paris.**

(Segundo artículo. - Vease el núm. 246.)

Existe un Paris subterráneo cuyo exámen produciria una admiracion diferente de la que se experimenta al contemplan el Paris que está á la vista de todos, pero que no seria ni menos grande ni menos merecida. Hay en efecto, en el sistema infinito de las largas vias subterráneas que dan paso á los torrentes infectos que se precipitan hácia el Sena, y que se extienden como otros tantos callejones sombríos bajo las calles brillantes de la capital; hay en el maravilloso conjunto de los canales de toda clase, donde están encerrados aquí el agua, allí el gas, acullá los alambres del telégrafo eléctrico, y que son como las arterias, las venas y los músculos de la inmensa ciu-



Bóvedas subterráneas para el servicio de los mercados.



Los nuevos mercados centrales de Paris. - Vista exterior de los pabellones.

dad, algo de extraordinario y de sorprendente. No es menos asombrosa la vista de las gigantescas construcciones que representan nuestros dibujos, y para las cuales busco todavía un nombre, pues no sé si debo llamarlas edificio, bazar ó palacio. En cuanto á la palabra *mercado*, me parece bien miserable aplicada á esa luminosa y esbelta obra de hierro y de cristal.

Pero repito que lo que se halla á la vista de todo el mundo no agota la admiracion; bajo ese pavimento que se recorre con pié desdenoso, hay muchos motivos de sorpresa: lo que se encuentra arriba se reproduce debajo en proporciones mas modestas sin duda, pero tan asombrosas relativamente al atrevimiento de la concepcion y del trabajo. Bajemos pues; aquí la ciudad subterránea que es en todos los demas puntos tan impenetrable, abré sus puertas al curioso.

Cada uno de los pabellones tiene su cueva correspondiente á la que conducen espaciosas escaleras que se hallan junto á las entradas principales. En estas cuevas cada tendero tiene su compartimiento proporcionado al que ocupa encima y con el mismo número. Estas cavidades subterráneas se encuentran, como las superiores, rodeadas y cerradas por sus cuatro lados mediante un enverjado de alambre muy tupido. Gracias á este sistema están abiertas y cerradas al mismo tiempo, y circula por ellas el aire necesario para la conservación de los artículos alimenticios.

Los grandes servicios de cada ramo de comercio tienen su puesto marcado en esas bóvedas subterráneas. Aquí está el matadero de las vendedoras de aves; allí en un sitio donde la luz de arriba no penetra se miran los huevos. Nadie ignora que la frescura de un huevo se juzga por su transparencia; pero no se sabe igualmente que de los doscientos mil huevos que se venden diariamente en París, no hay uno que haya dejado de sufrir la prueba. Hay hombres que tienen el oficio de mirar los huevos.

Exceptuando ese lugar, que tiene que ser oscuro para que la claridad del día no trastorne el efecto de la luz artificial, las diferentes partes de esas cuevas se encuentran bien alumbradas. Anchas ventanas cubiertas con losas transparentes dejan penetrar en ellas una luz suave. En cuanto cae la tarde se enciende el gas. Quinientas luces de gas hay en los seis pabellones y sus cuevas. Los conductos están disimulados con mucho arte en el grueso de las paredes y en los pilares; de modo que este gas, tan incómodo cuando no es útil, se halla reducido á su papel nocturno; no se piensa en él hasta que alumbra.

El agua se halla junto al fuego: un crecido número de fuentes se han encontrado bajo los escombros de las casas demolidas, y como habria sido difícil hacer desaparecer las filtraciones, se ha preferido utilizarlas. Con el fin de centralizarlas todas se ha establecido un sistema de conducción; por medio de canalizas cubiertas van á unos grandes pozos donde se hallan á la disposición de los servicios necesarios. Estos pozos son para las partes subterráneas lo que son para las superiores las cuatro fuentes atribuidas á cada uno de los pabellones, y cuyo caño abundante se pierde en unos conductos cubiertos despues de haber suministrado agua viva para la frescura y limpieza de esos grandes espacios.

Las cuevas son muy altas, y toda su construcción es de una gran solidez. En suma, el monumento en su conjunto, de una novedad tan poderosa y original, es digno de estudiarse con detenimiento, porque abre una nueva era para las construcciones de esta especie.

E. F.

## La Madre.

### EPISODIO DE LA BATALLA DE TRAFALGAR.

Era un domingo, 20 de octubre de 1805. El día se había ataviado de su más brillante esplendor. La muralla gualda que circunda á Cádiz como un arco de oro, se hallaba llena de gentes que tendían sus miradas hacia la bahía; pero sus semblantes abatidos, sus labios silenciosos contrastaban con el alegre azul del cielo.

La escuadra combinada, que constaba de 45 navíos españoles y 18 franceses, salía del puerto. Sus velas henchidas de esperanza y denuedo, sus ligeros y gallardos pabellones, don precioso de la patria, que llevaban como penacho, hacían que se asemejasen estos soberbios buques á caballeros armados marchando para un torneo con pasos lentos, mesurados y orgullosos. El mar centelleaba con los vivos rayos del sol. Un viento fresco y ligero acariciaba como un niño su brillante superficie: el cielo estaba puro y sereno como si jamás debiera estar manchado y turbado por la tempestad.

En el balcón de una de las casas del hermoso barrio de San Carlos, que el hombre ha impelido en medio de las olas sobre poderosos cimientos, en uno de sus balcones verdes como el mar, llenos de flores como cestas, se hallaba una mujer, ora clavando sus ojos en una imagen de la Virgen del Carmen que colgaba en el testero de la sala, ora dirigiéndolos sobre el mar surcado por los magníficos navíos como por sus señores. De tiempo en tiempo un cañonazo interrumpía el silencio de esta grandiosa escena, de estos solemnes momentos que preparaban á la historia una de sus más fúnebremente brillantes páginas, y á la gloria de España una corona de ciprés. Las bocas de bronce decían: «¡Adios, adios, amada! á la joven que encerrada en su estancia torcia con angustia sus blancas manos: ¡adios, amigos y compatriotas! á los que reunidos para verlos salir, los seguían con sus miradas, sus votos y sus esperanzas: ¡adios, patria! á la tierra que quizás no volverían á pisar; y á aquella mujer solitaria é inmóvil en su balcón, le decían: ¡adios, madre!»

A pesar de la apacibilidad del día, los espertos é inteligentes marinos españoles previeron la tempestad, y los generales Gravina, Cisneros y Alava hicieron presentes sus observaciones al almirante Villeneuve, comandante en jefe de la escuadra combinada.

«Todas las circunstancias lo resisten, dice en el sermón que en las honras fúnebres del general Gravina predicó el doctor Ruiz Roman: todas las circunstancias lo resisten, Gravina las ve, pronostica un desastre, mil muertes se ofrecen á su vista; mas excediendo á su propio juicio su obediencia contesta al otro Macabeo:

«Lejos de mí la fuga ni algún temor cobarde; y si es llegado el término á mi vida, moriré con valor y sin manchar mi gloria.»

El almirante insistió. Sabía que iba á ser destituido por Bonaparte; pocos momentos le quedaban de mando, y quiso aprovecharlos para vencer ó morir.

¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre costó ese desesperado proyecto! proyecto heroico si hubiera sido individual.

La señora de C..., viuda de un general de marina, tenía tres hijos; todos tres seguían la gloriosa carrera de su padre, y partían en esta armada para arrostrar la furia de los elementos, de los combates y la brillante estrella de Nelson. Fijaba sus tiernos ojos de madre, deslustrados por las lágrimas, en aquellos buques, obras de la temeridad, juguetes de la fortuna, y los volvía despues á la Virgen, depositando á sus piés su inmenso dolor, implorando su protección poderosa con el Arbitro supremo y universal.

No escuchaba ni veía á su lado á la anciana María, ama de aquellos, perteneciente á la familia, sino por los vínculos de la sangre, por los del corazón.

— Señora, decía la anciana sumiéndose las lágrimas con un valor y abnegación de que solo es capaz el más profundo cariño: ¿es por ventura la primera vez que los veis salir al mar y los habeis vuelto á ver buenos y salvos? ¿habeis perdido vuestra confianza en la Virgen del Carmen, nuestra medianera? ¿quereis morir de pena antes que vuelvan? Vamos, valor como compete á la viuda y á la madre de valientes marinos; confianza en Dios como compete á la buena cristiana.

Y María procuraba sonreirse; pero esta sonrisa era un último esfuerzo: alejábale con el corazón destrozado, y se acercaba á otro balcón para fijar sus ojos por entre las celosías sobre aquellas barcas, que le parecían lúgubres cual féretros. — ¡Ay hijos míos! murmuraba entre sollozos; nosotras que os hemos preservado con tanto esmero del menor viento; nosotras que os lavábamos con agua templada de miedo que os constipase la fría; nosotras que vigilábamos vuestro sueño como el de un enfermo, que no os dejábamos ir solos ni aun á la escuela; ¿á qué tantos esmeros y cuidados si ahora tenemos que ir á arrostrar esas muertes acopiadas como haces de armas? ¡Ay! ¿porqué esas vidas que arriesgan los hombres, como dinero al juego, han de tener raíces en el corazón de una mujer?

Y luego María secaba sus ojos, apartaba de su frente sus cabellos blancos, serenaba su semblante, se acercaba á su señora para procurar consolarla.

Apenas se halló la escuadra en ancha mar, cuando empezaron á cumplirse los vaticinios de los marinos españoles. Se levantó un fuerte viento de S.-E. y gruesas gotas de lluvia vinieron á anunciar la tempestad. Pero en vez de regresar al puerto, el almirante Villeneuve mandó acortar velas y seguir al encuentro de la catástrofe, como un ciego sigue su camino hacia un precipicio; y tal es la fuerza de honor, que 33 buques, ricos de miles de vidas preciosas, siguieron la voluntad de un solo hombre, que ciego de despecho los llevaba á una muerte segura.

Apenas se enlutó el cielo, apenas empezó el mar á levantar su seno agitado y terrible, lanzando sus olas sobre las rocas y contra la muralla, debajo de las ventanas de la pobre madre, cuando cayó esta aniquilada sobre una silla. Sus ojos estaban secos y desatentados; sus miembros temblorosos é inertes; sus labios mudos y descoloridos. María se apresuró á meterla en el lecho y á prepararle un calmante; despues cerró puertas y ventanas para aminorar en lo posible el pavoroso ruido de la creciente tempestad. Su señora, abrumada y anonadada por su terrible ansiedad, quedó por algunas horas en un estado semejante á un letargo. María se había hincado de rodillas ante la imagen de la Virgen, y extendía sus brazos hacia ella como si llevase en ellos á su Manuel, niño de doce años, que casi salía de la cuna para arrojarse en ese caos de peligros, pequeño guardia-marina, que poco tiempo antes saltaba de gozo al vestir su uniforme y al adornarse con galones de oro, como se adorna una víctima con flores.

Solo interrumpían el silencio el bramido de las olas subido al diapason de la ira y de la amenaza, y el aterrador aullido del huracán que empezaba, crecía, se hacia poderoso, luego flaqueaba y desmayaba en un lúgubre estertor.

De repente la señora de C... lanza un penetrante grito, se arroja fuera de su lecho, y cae convulsa á los piés de la Virgen en brazos de María.

¡Ha oído un cañonazo! ¡El siniestro sonido se repite y se multiplica! No, ya no cabe duda: es la muerte que se envían los hombres al través de la tempestad; es el grito fúnebre de su furia, que resalta sobre la poderosa voz de los elementos embravecidos. Es el reto de una loca audacia á todos los peligros reunidos; pues como dice don José Ruiz y Roman, las aguas suenan y se conturban, encapótese el cielo, y medrosas sus nubes aun, los hombres se ensangrientan y encarnizan.

¡Qué escena! Donde quiera que se esparce la vista no se ve mas que horror. El cañon truena; abordajes aquí, allá naufragios; incendios á este lado, fuego por todas partes; cadáveres, destrozos, ¿podéis enumerar víctimas? La tierra gime; el mar brama; el aire ruge; la humanidad llora, y enojada la naturaleza misma, suelta su cólera, sus tempestades y sus vientos. ¡Llorad, naves del mar; solo quedan ruinas de nuestras fortalezas (1).»

(1) Un escritor francés ha osado hablar calumniosamente de esta batalla, en que tuvieron los ingleses diez navíos des-

Seis horas duró este combate aterrador, que empezó en la altura del cabo de Trafalgar, y arrastrado por las corrientes, vino á concluir á ocho millas de Cádiz: combate que no tiene semejante en los fastos de la historia, en valor, honor y desastres... Oigase lo que con gran elocuencia el doctor don Manuel Fernandez Varela, en la oración fúnebre que en las exequias generales que por las víctimas de este combate celebraron en el Ferrol, predicó.

«Entre tanto las dos escuadras se acercan, se observan y se amenazan. ¡Jamás se han visto unas fuerzas tan respetables reunidas sobre las aguas! ¡La mar gime oprimida con su peso y desaparece bajo sus velas! Diríase que eran dos grandes pueblos, que conducidos por una virtud prodigiosa caminaban con majestad á disputarse el dominio de la inmensa llanura que les rodeaba. Por último, llega el fatal instante de dar principio á la acción. La una quiere acometer atrevida; la otra la espera intrépida; rompe ya el terrible fuego por una y otra parte. ¡Truena el cañon espantoso! la tierra tiembla de susto; retumban las bóvedas del firmamento, toda la naturaleza se estremece, y el español denodado conserva su serenidad en medio de la borrasca! etc.»

... ¡Qué asombro! ¡qué intrepidez y qué entusiasmo se deja ver en los semblantes de todos. El amigo tropieza con el cadáver de su amigo y no se altera: oye el marino el silbido de la bala que se roza con su cuerpo, y se mantiene impávido: aquí un general cubierto de su misma sangre desprecia sus heridas y sigue dando sus órdenes (1): allí se ve sostener á otro su navío sin tener ya casi gente (2): arranca una bala la bocina de la mano á un comandante y él pide otra sin turbarse (3): maltrata mortalmente á otro un golpe de metralla y no quiere largar su puesto (4): queda sin jefes un buque y no por eso se rinde (5): caen á los piés de un artillero ocho camaradas suyos y no desfallece. Aquí se anega un navío y no quiere arriar bandera (6): allí se va á pique otro con la suya enarbolada (7). ¿Qué es esto, Dios eterno? ¿Cabe en el corazón de los mortales tal valor y resistencia (8)?

La infeliz madre, en una triste agonía, se estremeció al oír cada nuevo cañonazo, los que unidos al rugir de la tempestad, tenían petrificados de asombro á los pálidos habitantes de Cádiz.

Hacia la noche cesaron los cañonazos; pero esta suspensión, unida á la continuación de la tempestad, era el callar de la muerte. ¡Noche sin fin como la eternidad, llena de dolor y de angustia como la agonía!

Por fin, los primeros rayos del día, día tan temido como deseado, alumbraron, cual cirios á un cadáver, el horroroso espectáculo que se presentaba á los ojos de la inconsolable Cádiz. En la costa opuesta yacían el *Bucentauro*, el *Neptuno*, el *Baltama* y el *Aguila*. Lanchas

arbolados, seis barados, uno quemado, cinco echados á pique, de siete á ocho mil hombres muertos y heridos, perdidos los mejores oficiales, su famoso almirante y su mayor general. Estas son las ventajas que habían logrado, como dice en su oración fúnebre el doctor don Manuel Fernandez Varela, con fuerzas tan desiguales, con haber sido reforzados con cinco navíos á tiempo que se nos habían extraviado cuatro de los aliados: mas equitativos los mismos contrarios, decía la *Crónica* del 15 de marzo de 1806: «Nos lamentamos de oír que el bizarro almirante Gravina ha muerto; sus amigos se habían lisonjeado mucho tiempo con la esperanza de su restablecimiento, pero desgraciadamente se frustraron. En él pierde la España el oficial mas experimentado de su armada, y uno bajo cuyo mando sus escuadras, aunque á veces batidas, siempre combatían de un modo que merecían los elogios de los vencedores.» El *Diario* del imperio del 19 de enero de 1806 dice: «que no se determinó la amputación de su brazo, aquel brazo de que supo usar tan bien para honor de nuestro pabellón y ejemplo de nuestra marina.» Es probable que este historiador no tuviese noticia del *Diario* del imperio del 19 de enero de 1806.

(1) Escaño, en el navío *Príncipe de Asturias*.

(2) Cisneros, en la *Trinidad*, con mas de 300 hombres perdidos.

(3) Alcedo, en el navío *Montañés*.

(4) Valdés, en el *Neptuno*.

(5) El *San Juan*, sin su comandante Churruca y sin su segundo.

(6) El *Argonauta*, el *Trinidad* y otros.

(7) El *Agustin*, por la firmeza de Cajigal, su comandante.

De Galiano dice al concluir su elogio: «¡ay! para su patria el fruto de sus trabajos como sabio, y dar luego la vida por ella como valiente.»

(8) Al hablar de este apogeo del heroísmo español, no podemos menos de hacer mención de un rasgo heroico de amor filial que brilló unido á tantos otros de honor, como si el corazón hubiese querido competir con este en tan elevada excelencia.

El capitán de navío don Ignacio Olaeta, que era en aquel memorable día segundo comandante del *Trinidad*, perdió un brazo. Desarbolado, destrozado, sumergiéndose por momentos el buque, los ingleses se apoderaron de él. Tratan de trahordar á la tripulación que sobrevive antes que se hunda el mutilado barco en el abismo; pero no es posible que halle toda cabida en sus lanchas: esto le hace presente el oficial inglés al joven alférez de fragata don Ignacio Olaeta, hijo del primero, así como la necesidad de abandonar á los heridos, que de todas maneras habían probablemente de sucumbir, y le brinda el solo lugar que queda en las ya sobrecargadas lanchas. «Eso no, exclama Olaeta; salvad á mi padre y pereza yo.» — «Si es este vuestro firme propósito, repuso admirado y enternecido el oficial inglés, venid ambos, aunque todos zozobremos;» y padre é hijo fueron salvados.

Nos pesa el que, como de cierto sucederá, el señor brigadier don Ignacio Olaeta sienta la indiscreción que sin su venia cometemos al publicar este hecho. Sirvanos de disculpa el que, si las malas y viles acciones pertenecen á la publicidad, con mucha mas razón lo pertenecen las nobles y heroicas.

remolcaban trozos mutilados de otros buques: las platas se iban cubriendo de cadáveres.

En vano intentó María impedir que su señora se precipitase al balcón. Las ardientes y desatentadas miradas de la pobre madre se fijaban en aquellas masas informes que el día antes había visto salir tan hermosas, erguidas y confiadas. ¡El gran naufragio estaba consumado!

El horror había helado en los labios de la cristiana María aun los consuelos religiosos. La señora de C... se echó atrás cubriendo su rostro con ambas manos, y se dejó caer en el inmediato asiento exclamando: — ¡Ya no tengo hijos! ¡Dios mío, ten compasión de mí!

Dios oyó aquel grito desgarrador del corazón de una madre. En aquel momento se oyen pasos precipitados. María da un grito, y la señora de C... se halla en brazos de uno de sus hijos. Entonces se agolpan á sus ardientes y secos ojos las lágrimas, y lo estrecha sobre su pecho, como si los peligros á que ha escapado viniesen á arrancárselo de nuevo. Aun no ha podido hallar goce su felicidad, cuando de nuevo se abre la puerta y el mayor de sus hijos se presenta ante sus fascinados ojos. Entonces ella se levantó arrebataadamente, y en ardiente brote de gratitud se precipita á los pies de la Virgen, sofocada por su emoción. Sus hijos la levantan y sostienen en sus brazos. María acerca con trémula mano un vaso de agua á los trémulos labios de su señora. ¿Pero qué felicidad por grande que sea, hizo jamás olvidar á una madre al hijo por quien tiembla?

— ¿Y vuestro hermano? pregunta á los recién entrados; ¿y vuestro hermano? ¿qué es de ese hijo de mi corazón?

Sus hijos callan.

— ¡Ay! gime la madre acongojada: ¿no respondeis? ¡ya lo veo! Ese niño que apenas entraba en la vida, ha hallado una horrorosa muerte en sus umbrales. No, no me la ocultéis. ¡Decidme la terrible verdad! ¿dónde está? ¿dónde está mi Manuel?

— ¡Aquí estoy! gritó una voz conmovida é infantil; y su hijo menor se echaba en sus brazos y se refugia en el seno de su madre como para olvidar los horrores que acababan de agitar su joven alma.

Entonces los ojos de la madre se secan. no brilla en ellos la felicidad ni los enturbia el dolor. Su semblante, ha poco tan expresivo por diversas emociones, queda en calma como la mar que el Norte heló. Sus ojos miran indiferentes á los hijos que la rodean; sus brazos inertes se desprenden de ellos; su rostro, móvil reflejo de sus vehementes sensaciones, se torna frío y estúpido.

— ¡Ah Dios mío! exclamó aterrado el mayor de sus hijos; ¿qué imprudencia ha sido la nuestra!

¡Sentimiento tardío! Aquel corazón de madre tan tierno y tan padecido no pudo soportar tanta felicidad. Había perdido el juicio.

FERNAN CABALLERO.

## Boletín científico.

MONEDAS ESPAÑOLAS ANTIGUAS Y MODERNAS: — De la *España* tomamos este curioso artículo:

« Las monedas que precedentes de las distintas dominaciones circulaban en España, diferentes en ley, en talla, en nombre y valor intrínseco, fueron causa de que se pensara en tomar un tipo, una moneda que sirviera de principal, y á la cual se retiriesen todas las demás. Para este efecto fué elegido el maravedí de oro, que llevaba de fino la sexta parte de una onza de metal, y un maravedí de plata, que tenía asimismo la sexta parte de una onza de plata, valiéndose para activar la circulación, además del citado, conocido por blanco, de otro con el nombre de prieto, y cuya relación con el blanco era la de uno á dos y medio. La composición del prieto llevaba una cantidad grande de cobre, y luego se creó otro maravedí con el nombre de noven, que era la cuarta parte del prieto. De forma que 60 noven eran iguales á 15 prietos y á 6 blancos, ó á un maravedí de oro; siguiéndose por mucho tiempo esta costumbre de referirse al maravedí de oro, si bien variando el estampado y el valor de las monedas inferiores.

Los reyes católicos crearon una moneda de oro con el nombre de *Aguila* y otras, determinando el maravedí de plata el valor que hasta hoy se le conoce, y dieron valores proporcionales á las *doblas* del tiempo de Enrique de Trastámara y á otras muchas monedas, hasta que en 1427 prohibieron la circulación de las antiguas, y determinaron como base el real de plata dividido en 34 maravedís, y cada uno de estos en dos blancas.

Así continuó el curso de las monedas, hasta que en el reinado de Carlos V se acordó la acuñación de una nueva de oro con el nombre de *escudo*, con una ley de 22 quilates y 68 de talla, señalándole el valor de 350 maravedís de plata; y mas tarde, Felipe III labró el peso fuerte con ley de 11 dineros, 4/12 y 8 5/8 de talla al marco, dando un aumento de valor legal al cobre; por lo que en el reinado siguiente se elevó el de la plata, señalando el valor de 10 rs. al peso de á 8, creado además por Felipe III; y Felipe IV labró su peso de 8 rs. de plata con la misma ley que el de Felipe III, pero con una talla de 10 y 15/32 al marco. De esta diferencia nacieron los nombres de peso fuerte y peso sencillo; puesto que el primero de ambos contenía 8 rs. de plata antigua, conocida con el nombre de *vieja*, y 10 de la nueva, por el aumento que se le había dado por su sucesor.

En tiempo de Carlos II se aumentó el valor numérico de las monedas, dando al escudo de oro de 1537, ó época de Carlos V, el de 544 maravedís de plata, que era la cuarta vez que se variaba, aumentándole siempre; así es que un doblon de dos escudos ó pistolas valía cuatro escudos de Felipe III ó 32 rs. de plata.

Después de la guerra de sucesión, Felipe V mandó acuñar la peseta, el real de plata y el medio real, que mas tarde recibió el nombre de real de vellon. En el mismo reinado se retiró el peso de Felipe IV, conocido por sencillo, quedando el peso fuerte, la peseta, la media peseta y el real, si bien se conservaron como imaginarias los ocho reales de plata para el cambio de Inglaterra por 37 dineros esterlines variables, y 32 rs. del antiguo doblon para el de Francia por 15 libras tornesas variables, y alguna otra que ha servido en los cambios hasta el real decreto de 18 de febrero de 1847.

La talla de oro, con arreglo á lo dispuesto por Felipe V, en 16 de julio de 1730, era de ocho y medio doblones de á ocho escudos ó onza de oro; 17 de á cuatro ó media onza; 34 de á dos ó doblon de oro, y 63 escudos, que teniendo en cuenta la tolerancia, que no excedía de uno y medio granos en la onza, tenía un valor el marco de 1,280 rs. de plata ó de los modernos de vellon 2,409 con cuatro maravedís, á lo que hay que añadir el valor de fabricación que no bajaba de un 6 por 100. Así es que la relación entre la pureza y la mezcla era como de 11 á 12.

Aunque sufrió reformas la ley de 15 de julio de 1779, se admitió la relación de 1 á 16 que antes había tenido, y el valor porque habían circulado los doblones de á 8 de 301 rs. y 6 mrs., ó de premio, se arregló á 320 rs. justos, y asimismo el *escudito* ó *durillo* creado en 1738, y que circulaba por 21 y cuartillo, se comenzó á labrar el tipo de 20 rs. vn.

Los pesos columnarios y el oro formaban la moneda nacional; como el peso sin columnas, la peseta y el real formaban la moneda provincial.

Por real orden de 2 de agosto de 1824, se dió al marco de oro el valor de 3,040 rs. vn. con la ley de 24 quilates, y 181 rs. al de plata de 12 quilates, conservándose la antigua talla de 1730. En cuanto á las monedas de cobre siguieron en uso, á pesar de lo dispuesto en 5 de mayo de 1772, aboliendo su circulación: mandato acertado y que años después adoptarían los ingleses, obedeciendo los preceptos de la ciencia.

Por el real decreto de 31 de mayo de 1847 se establecía: de oro el Isabelino ó centen de 100 rs. y de plata el duro de 20, el medio duro de 10, la peseta de 4, la media peseta de 2, y de cobre las 5 décimas y la de 2 décimas.

Mas como el real decreto no satisficiera las exigencias de un sistema monetario en armonía con las necesidades y con las pérdidas que vienen originándose por razon de las prácticas admitidas, se dió el que rige en 15 de abril de 1848, el cual, por conocido, nos dispensa de apuntar la ley, talla y demás circunstancias que determina, si bien antes de concluir este trabajo, nos permitiremos dos palabras sobre algunos de sus sabios artículos.

Durante las monarquías de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, la adulteración de la moneda, objeto de las leyes monetarias, fueron, mas que medidas administrativas de buen orden y prosperidad, medios de lucro; y este vicio era añejo, puesto que Inocencio II prohibió, bajo pena de censura, á los reyes de Aragón la salida de la moneda; costumbre bien perniciosa y puesta en práctica con frecuencia en España bajo la monarquía feudal, como en otro tiempo se había ejecutado entre los romanos, donde el Erario, para salvar los apuros, recurría á adulterar la moneda, en términos que, según Montesquieu y algunos autores de numismática, llegó la moneda de plata á contener de fino la cantidad señalada para la liga y al contrario; de forma que era un cobre plateado.

Entonces los hechos, como ahora la ciencia, se encargaron de probar que este abuso cometido por quien solo posee el derecho de acuñar, y proteger la buena fe, difunde la desconfianza, perturba el mercado, y produce, no solo el aumento y la carestía en mayor escala, que la baja del valor intrínseco, sino que trae la parálisis en los contratos, pues nadie cambia sino por mercancías iguales, porque la moneda no puede representar otros valores que los señalados por su mayor ó menor abundancia, y por los gastos de producción.»

— DEFINICION DE LA ATMÓSFERA. — El doctor Buist, de Bombay, define así la atmósfera:

« Es una corteza esférica que circunda nuestro planeta hasta una distancia inconmesurable, á causa de la tenuidad de su sustancia, pero que no excede de quinientas millas marítimas.

Nos rodea y no la vemos; ejerce una presión de 50 libras en cada pulgada cuadrada de nuestro cuerpo, 80 ó 100 toneladas de piés á cabeza, y sin embargo, no nos percibimos de ello... Aspira los vapores de la tierra y del mar, se los asimila ó suspende en forma de nubes, abandonándolos mas tarde en lluvia ó rocío. Intercepta los rayos solares para que tengamos crepúsculo, pues sin ella pasaríamos de la luz mas viva á las mas profundas tinieblas. Nos da el aire vital que nos anima y toma el que hemos respirado... En fin, sin ella la tierra no ofrecería el astro de luz, sino una superficie tórrida é inhabitable.»

El teniente Maury, director del observatorio de Washington, añade:

« La atmósfera es, en efecto, necesaria para la existencia; distribuye por la tierra la humedad y el calor, y contribuye á templar los diferentes climas. La función mas general en el concierto terrestre es la de absorber en el Océano el agua que le vierten los rios, para volverla á llevar en forma de vapor hasta las montañas que fueron su cuna.»

Podemos formarnos una idea de esto por el cálculo siguiente:

« La lluvia que por término medio cae anualmente en la tierra se calcula en una capa de agua de 5 piés ingleses, que procede, como acabamos de decirlo, de los vapores del Océano.

La evaporación se hace principalmente en la zona tórrida; supongamos que se verifique allí por completo, y tendremos una zona del Océano ancha de 3,000 millas, y larga de 22,000, de donde la atmósfera deberá extraer el agua que cae en la tierra, es decir, atendiendo á la relación de las superficies, una capa de agua de 16 piés de altura.»

Levantar, pues, á las regiones aéreas y verter en la tierra las aguas de un lago de 22,000 millas de largo, 3,000 de ancho y 16 piés de profundidad, tal es el resultado anual de aquel invisible trabajo: ¡qué máquina tan poderosa es la atmósfera!

PRESUPUESTOS Y DEUDA DE TURQUÍA. — Bajo este epígrafe, la *Revista contemporánea* publica un artículo de M. Eugenio Poujade, en el cual se encuentran los curiosos pormenores siguientes:

En virtud del Tanzimat ha desaparecido casi enteramente la desigualdad del impuesto en Turquía, puesto que la única diferencia que existe en el día resulta de las distintas épocas, en que se recogen las cosechas en este vasto imperio, y de la diferente naturaleza de los productos. Hay tambien ciertos distritos privilegiados, á consecuencia de tratados ó por otras causas, como por ejemplo: la Moldavia y Valaquia, Servia, Egipto, la isla de Samos y el monte Líbano; y algunos vasallos meramente nominales, como los príncipes de Abisinia, Yemen, Túnez y Montenegro. Salvo estas excepciones, el impuesto resulta establecido en todas las demás partes, como sigue:

1º La contribución territorial (*verguio*, que significa *donación*), que importa de 5 1/4 por 100 del valor de las propiedades.

2º El *sanci askeriyeh* ó capitación (antiguamente *scharadj*), exigida á los que no son musulmanes y están libres de servir en el ejército; este impuesto asciende á 80 millones de piastras (cerca de 20 millones de francos).

3º El *russoomat*, ó diezmos, á saber: el *ochr* ó diezmo del trigo; el *bedelat* ó el de los frutos, vino, ganado y el del aceite (todos estos son pagados por todos los súbditos de la Puerta sin excepcion); el *gumruk* ó derecho de aduanas de 12 por ciento sobre las exportaciones y 5 por ciento sobre las importaciones; y últimamente el *russoomat mute ferrica* ó diversos artículos, consistiendo en ciertos impuestos sobre pasaportes, papel sellado, manufacturas, puertos, muelles.

La suma total del producto de todos estos impuestos se puede evaluar, aunque quizá calculada con poca exactitud, á 220 millones de francos al año. La deuda pública de Turquía se compone de los artículos siguientes: — Importe de dos empréstitos, 200.000.000 de fr.; papel moneda con interés, 60.000.000 de fr.; papel sin interés, 76.000.000 de fr.; deuda del arsenal, 16.000.000 de fr.; deuda de Tophana, 10.000.000 de fr.; deuda del seraskierato, 10.000.000 de fr.; lista civil del Sultan, 40.000.000 de fr.; artículos diferentes del tiempo de la guerra, etc., 80.000.000 de francos. Total, 492.000.000 de francos.

Esta deuda, dice M. Poujade, está lejos de ser exorbitante comparada con los recursos de la Turquía. El capital monetizado en circulación sube á unos 160.000.000 de fr.; pero la moneda solo contiene el 45 por ciento de su valor intrínseco, y la diferencia de valor constituye por este motivo una deuda adicional que se sentirá tan luego como la Turquía empiece á instituir moneda sin liga á la actual, lo cual se verá obligada á hacer á fin de establecer su crédito. El papel moneda, despreciado tambien á proporcion del valor de la moneda actual, hará que el gobierno turco, cuando llegue el caso que acabamos de indicar, tenga que retirarlo por todo su valor, cuya operación traerá consigo una nueva pérdida de unos 70.000.000 de francos.

## El lago de Annecy y sus cercanías.

A su debido tiempo anunciamos á nuestros lectores la muerte del célebre novelista francés Eugenio Sue ocurrida en Annecy (Saboya), punto que había elegido por residencia cuando los sucesos políticos le obligaron á salir de Francia después de la disolución de la asamblea republicana á la cual pertenecía. Del hermoso y fértil territorio que se extiende al pié de la población se distingue al Oeste en lontananza la línea azulada formada por la cordillera del Jura, la frontera francesa: cuando el proserito volvía los ojos hácia ese lado creía sentir la brisa de la patria.

M. E. Sue había recibido en Saboya una acogida simpática y hospitalaria; y encontró allí un país admirable, una población inteligente y liberal, y así lo ha consignado en una de sus últimas obras el escritor francés á fin de pagar la deuda de gratitud que con los sencillos saboyanos había contraído. El recuerdo de Eugenio Sue ilustrará largo tiempo esa comarca pintoresca, cuya descripción reasumiremos en breves palabras.

El pueblo de Annecy se encuentra edificado á la otra parte del lago, y le dominan los torreones cuadrangulares de un castillo antiguo. Luego viene el *valle de Santa Catalina*, verdadero jardín inglés cuya última meseta sirve de base á las cuestas del *Semenoz*, uno de los puntos mas altos de la cordillera de los Alpes, cuyas vertientes bajan hasta el lago, y el *valle de los Beauges*. Mas allá de este valle la grandeza alpestre se despliega de un modo asombroso en sus aglomeraciones de montañas, contraste sublime con la vegetación ver-

dosa y perfumada de las colinas y de las llanuras. Todos los sitios, y hablando como los paisistas, todos los estilos se muestran sucesivamente en esta comarca. Aquí peñones desnudos y negros dignos del pincel de Salvator Rosa; allí una tierra de la Arcadia que con su sombra frondosa, sus ricas flores y el azul oscuro de las aguas, recuerda los comarcas meridionales mas favorecidas por la naturaleza:

Damos entre nuestros dibujos una vista tomada en el camino de Thones. — Este camino de Thones se muestra tan variado de aspectos, que basta recorrerle para conservar de una excursion por las cercanías de Annecy una especie de recuerdo-resumen de todas las maravillas pintorescas que apenas podemos indicar aquí. A la derecha (yendo á Thones) al salir del pueblecillo de Vigniere, llama la atencion la vertiente setentrional del Monte Verrier con sus flancos cubiertos de verdura y de flores; á la izquierda se descubre á lo lejos la ca-



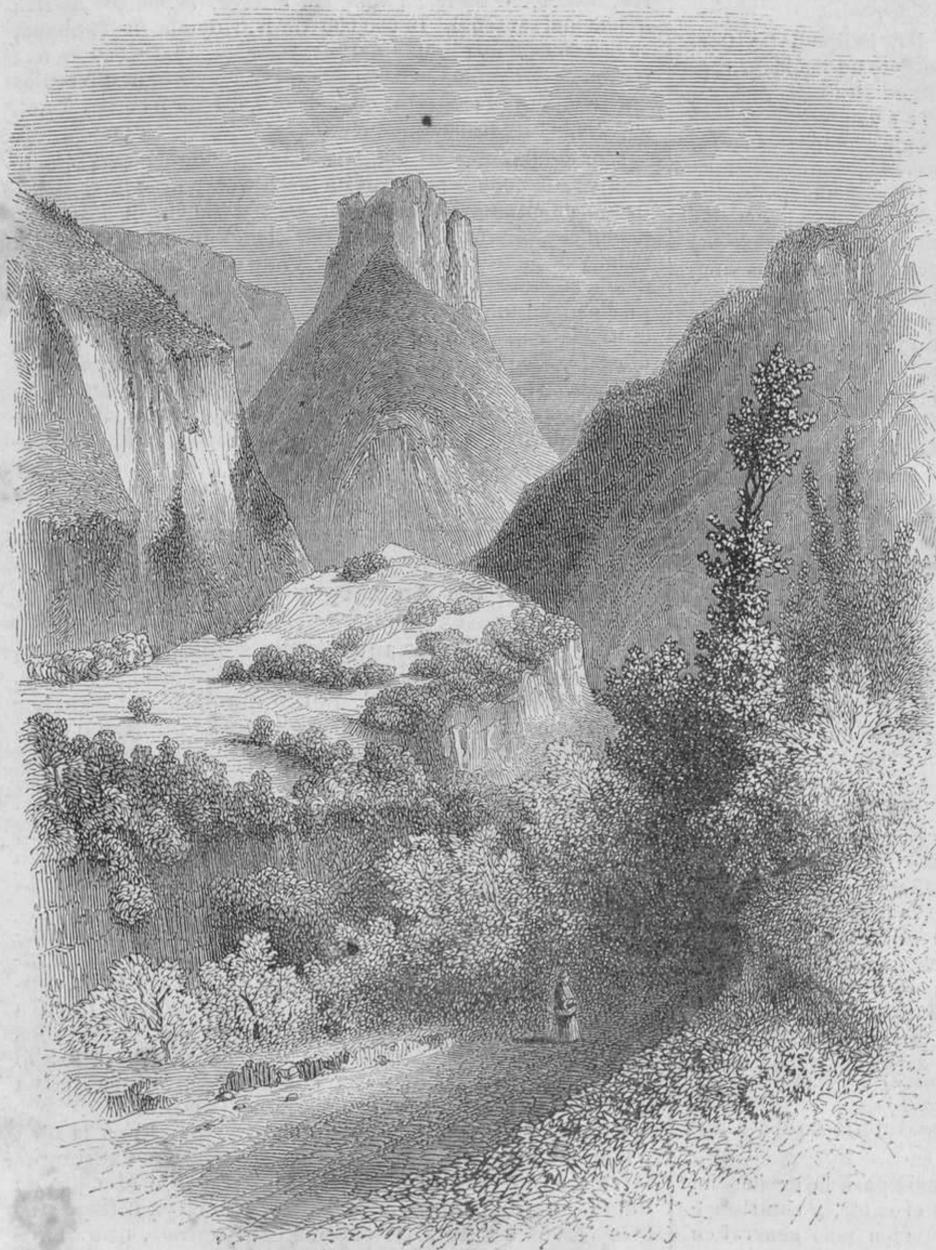
Vista de Annecy, en Sa'oya.

cosechas; en el fondo el torrente del Fier precipita sus aguas con estrépito, se desliza como un filete de plata; por último, los sitios progresivamente mas silvestres llegan á tomar una especie de grandez terrible y amenazadora en el puente de Saint-Clair.

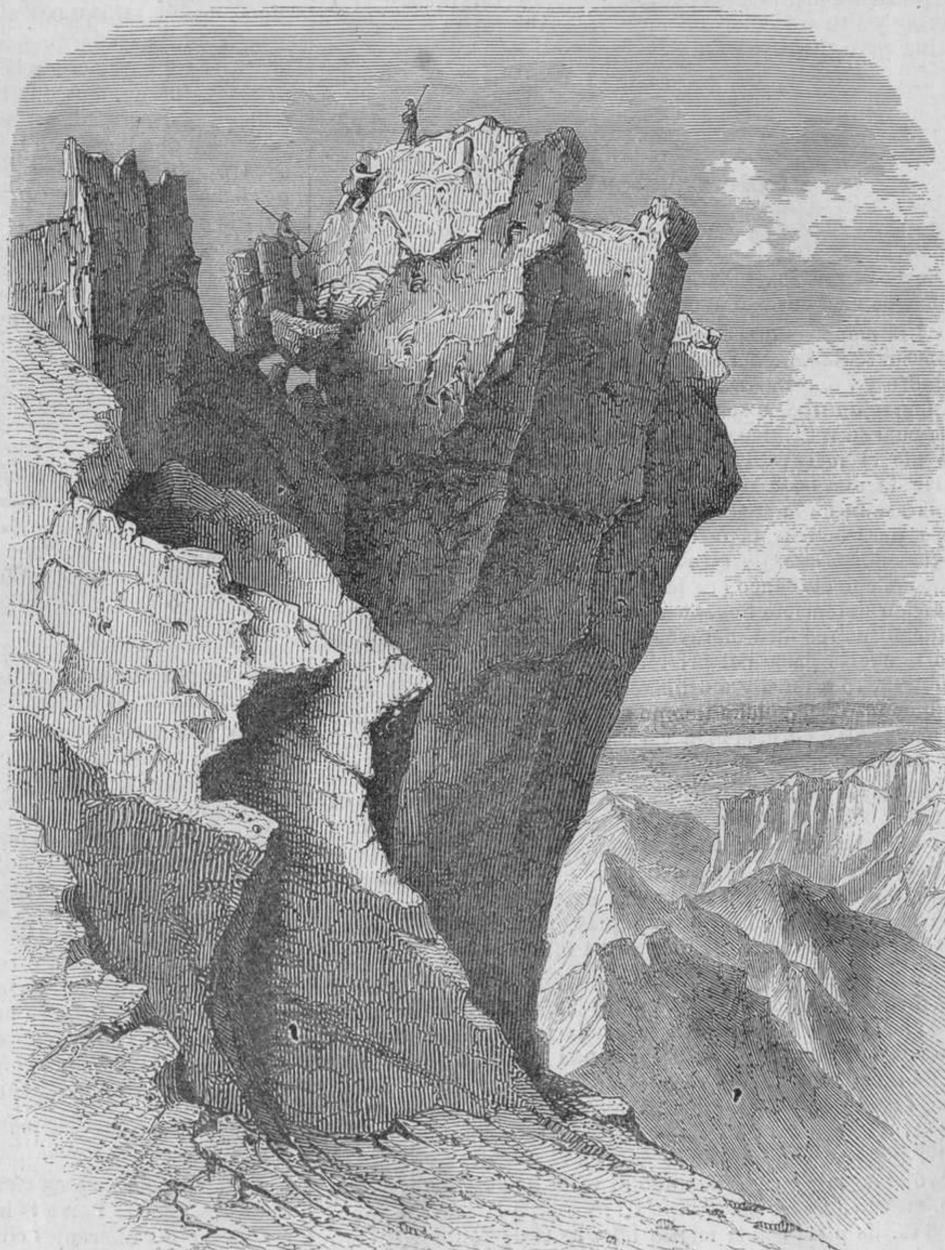
El último de nuestros dibujos representa la cumbre de las Tournettes. La cumbre ó sillón de las Tournettes es un peñon de noventa y cinco piés de altura sobre ciento cuarenta y cinco de diámetro que sirve de coronamiento á la montaña del mismo nombre. No se llega á esa elevacion sin gran trabajo. Figúrese el lector en efecto una roca de la altura que acabamos de decir cortada á pico, que en los primeros sesenta piés hay que escalar por una grieta estrechísima que se llama la Chimenea; este camino desemboca en una piedra es-

dena del Parmulan que domina el fértil valle de Naves, vestido de mil colores por el verde oscuro de los nogales, el matiz mas claro de los céspedes y el oro de las

trecha que atraviesa como un puente la cortadura que divide en dos partes la cumbre. Es una de las ascensiones mas difíciles y peligrosas de esas montañas.



Camino de Annecy en Thones.



Cumbre de las Tournettes, sobre el lago de Annecy.